N. 114.

COMEDIA NUEVA.

LA INCOGNITA.

ESCRITA EN PROSA

POR EL Dr. CARLOS GOLDONI;

AHORA ESCRITA Y VERSIFICADA EN ESPAñOL.

ACTORES.

Octavio, Asentista.
Beatriz su muger.
Alberto.
Lelio, mozo libertino, su hijo.
Rosaura, incognita hospedada ẽ casa de
Celia, labradora.
Florindo, joven ciudadano.
Rodulfo, viejo.
Leonor, Condesa.
Roberto, criado de Lelio.
Bartholo, criado de Octavio.
Un Teniente de Granaderos.
El Maestro de Posta.
Un Alguacil.
Un criado de Fonda.
Un Vandido.
Seis Guardias.
Seis Vandidos. Un Calesero.

La Scena se representa en Aversa, Villa de vasta poblacion en el Reyno de Napoles.

ACTO I.

Selva, y obscuro como al rayar el Alba. Sale Florindo que conduce por la mano à Rosaura.

Ros. OH Santos Cielos! ¿adonde
quieres llevarme, Florindo?
Flor. Vén conmigo, y nada temas:
un caballo prevenido
para mi, y una calesa
para ti tengo: ahora mismo
tú y Celia saldréis en ella;
y yo à pesar del destino,
dentro de una hora lo mas
os pondré en seguro sitio.
Ros. Ah! mira por mi honor.
Flor. Ese
interés ya mas es mio
que tuyo; pues si has de ser
mi esposa como imagino,
considera con que zelo
le custodiaré.
Ros. ¡Hado esquivo!
donde está Celia? no viene.
Sinque vaya ella conmigo,
no creas que has de llevarme.
Flor. Ya te sigue; te lo afirmo:
no tardará en encontrarnos.
Ella propria ha consentido
en nuestra fuga: en la misma
custodia en que te ha tenido
por seis meses en su casa,

A te

te tendrá en qualquier destino.
Es menester vencer toda
dificultad: es preciso
precavernos de la insidia
de este Lelio que atrevido
te insulta, persigue y quiere
robarte del pecho mio.
Tu bien sabes quantas vezes
por causa tuya me he visto
en peligro de perder
la vida. Ah! ¡si habrá entendido
Beatriz mi fuga, y querrá *ap.*
embarazar mis designios!
aun mas temo à esta muger
porfiada que à mi enemigo.

Ros. ¿Pero donde vamos? ¿donde
piensas resguardarme? dilo.

Flor. Vén, no perdamos el tiempo
inutilmente te pido.
Tomemos pues la calesa
que no está à mucho distrito,
à quien de intento ordené
que espere en algun retiro.
Celia acaso habrá llegado
ya por diverso camino.
Vamos, Rosaura; confia
en mi y no temas.

Ros. El fino
amor que à ti te profeso,
y el temor de Lelio impio,
son dos estimulos grandes
à mi fuga. El Cielo mismo
que vé nuestros corazones,
se servirá dirigirnos.
Pero ay de mi! siento gente.

Flor. Vamos, que ese no es motivo
suficiente à detenernos:
ya amanece, y los vezinos
labradores ván al campo:
de estas gentes no hai peligro.
Beatriz à estas horas no *ap.*
se habrá levantado.

Ros. ¿Has visto
un hombre que detrás de
aquel arbol se ha escondido?

Flor ¿Y que importa eso? sigamos
nuestro rumbo.

Saca la espada el segundo.

Ros. Ay! que al oirnos
saca la espada.

Flor. Si es Lelio?
èl es: Cielos! soi perdido.

Ros. Infeliz! el corazon
me lo decia.

Flor. ¿Qué arbitrio
tomaré? escondete.

Ros. Donde?

Flor. No pasará el atrevido.

Saca la espada.

Sale Lel. Traidor, te cogí en el hecho.

Ros. Asistidme, Dios benigno. *vase.*

Lel. No huirás de mi.

Flor. El que quisiere
seguirla à despecho mio,
ha de pasar por mi espada. *va.*

Lel. La mia abrirá camino,
quando à estorbarlo un Mar fuese
foso, y la muralla un risco. *vase.*

Jardin en casa de Octavio, y sale este.

Oct. ¡Qué delicia es el vivir
en el campo! ¡qué contento
levantarse con la Aurora,
y ver el semblante bello
de las nuevas florecillas
que temerosas del cierzo,
hasta que el Sol las requiebra
no abren el capullo honesto!
¡Qué suave placer oir
los trinados lisongeros
de las inocentes aves;
y quan voluntario cedo
de mis dias la mitad
à este retiro alhagueño!
no trocara una hora de
Villa, por un mes entero
de Ciudad.

Sale Ros. Por Dios, Señor,
ampareme usted.

Oct. Qué veo?
quién es usted?

Ros. Una infeliz
desventurada, que en esto
solo digo bien quien soi.
Mi nombre es Rosaura.

Oct. Creo
que he visto à usted otra vez.

Yo

Ros. Yo à usted dos vezes.
Oct. ¿Qué tiempo
ha que está usted en esta tierra?
Ros. Habrá seis meses lo menos.
Oct. Pues yo solo hace ocho dias
que vine à ella, con intento
de gozar de sus delicias.
Ros. Ah Señor! por Dios le ruego
me guarde de un atrevido
que quiere...
Oct. Perded el miedo.
No será osado en mi casa
à ultrajar tanto respeto.
¿Mas quien la persigue à usted?
Ros. Lelio, el hijo de aquel cuerdo
mercader...
Oct. Si, le conozco:
este es el hijo de Alberto;
hijo indigno, hijo villano
que degenera sobervio
de aquel caracter honrado
de su Padre; y en efecto,
qué quiere de usted?
Ros. Que admita
su amor y sus devaneos.
Oct. ¿Y qual genero de amor?
Ros. Aquel digno de sugetos
iguales à èl.
Oct. Y usted
le ha despreciado, ¿ó que ha hecho?
Ros. Le he despreciado, Señor.
Oct. Aplaudo, admiro y venero
à usted, y la reconozco
por muger de gran talento,
y un merito singular.
Ros. Señor, en hacer lo mesmo
que qualquier doncella honrada
debe ejecutar; no encuentro
merito alguno.
Oct. Feliz
seria el Mundo os prometo,
si hiciesen todos lo que
deben. ¿Pero no sabrémos
quien es usted? ese brio,
sus palabras y su aspecto,
permiten vér que no es digno
ese vestido grosero
de la calidad de usted.
Ros. Mis infelices sucesos
son tantos y tan extraños,
que no podré en breve tiempo
referirlos, ni pudiera
(ay de mi!) tener aliento
para hablar tanto; porque
la pena y temor, el pecho
me oprimen.
Oct. Pues qué temor?
qué pena? está usted, la advierto,
en un parage seguro.
Ros. Ay! que mi susto y recelo
se dirigen à quien amo,
aun mas que à mi misma.
Oct. ¿Luego
ama usted?
Ros. ¿Pues quién no ama,
Señor?
Oct. ¿Quien es el objeto
de ese amor?
Ros. Florindo, un joven
ciudadano que en aquestos
contornos habita.
Oct. Si;
le conozco: es un mancebo
de buenas y moderadas
costumbres. Há mucho tiempo
que profesa mi amistad.
¿Mas qué teme usted de èl?
Ros. Lelio
le acometió con la espada.
Oct. Quando? donde?
Ros. Junto à estos
jardines, mientras Florindo
me conducia en secreto.
Oct. ¿Florindo secretamente
la conducia à usted? bueno!
Ros. Lo hacia por ocultarme...
Oct. Y antes del Alba? lo entiendo.
Ros. Sepa usted, Señor...
Oct. ¿Y usted
es la muchacha de seso
que tan rigorosamente
defiende su honor?
Ros. Le ruego
á usted que me escuche.
Oct. Usted
será segun el efecto,

de aquellas que vulgarmente
huir de un amante vémos
para entregarse à otro.
Ros. Escuche
usted por Dios.
Oct. Ya, ya entiendo;
pero no espere de mi
el auxilio mas pequeño,
mientras no me justifique
usted su conducta.
Ros. Oh Cielos!
à pesar de la terrible
confusion en que me veo,
hablaré, si, yo hablaré.
Juro, Señor, que es sincero
mi corazon; y si acaso
no os lo parece, me ofrezco
à padecer el sonrrojo,
el baldón y el vituperio
de que me abandoneis: mas
si alguna piedad merezco,
espero de usted la que
exigen mis desconsuelos.
Oct. Vaya, hable usted: su presencia *ap.*
desvanece mis recelos,
y me advierte lo sencillo
de su corazon.
Sale Beat. Me alegro,
Señor mio, de que usted
en tan buen divertimiento
se emplee al amanecer:
ya no estraño que esté inquieto
en la cama, si le espera
despues tan bizarro encuentro.
Oct. No pienses mal, te suplico,
de mi proceder honesto;
ni de esta desventurada.
Ros. Señora, soi pobre, es cierto;
pero honrada.
Beat. La que es pobre
y honrada, no vá pidiendo
limosna al amanecer,
y à escondidas.
Ros. Yo no vengo
à pedir aqui limosna.
Beat. Pues qué es lo que quiere?
Ros. Quiero
proteccion, piedad.
Beat. No tema:
el Señor Octavio es bueno:
es el hombre mas piadoso
que hai en todo el universo
para las buenas muchachas
como usted, y asi no creo
que se escuse à protexerla.
Oct. Ah Beatriz! yo te prometo
que no tendré corazon
de abandonarla; y en esto
no creas medie interés
menos digno: à ti te entrego
su suerte: tu has de enmendarla;
amparala, no perdiendo
de vista el que las personas
nobles contraen empeño
de amparar los infelizes
siempre que puedan hacerlo.
Beat. Pero quién es? ¿qué pretende
de nosotros? ¿qué suceso
la conduce à nuestras puertas?
qué fracaso?
Oct. En el momento
que saliste tú, empezaba
à informarme por extenso
de su situacion: no sé
hasta ahora mas de que Lelio
es quien la insulta y persigue.
Me empeñó en que defendiendo
su decoro la ocultase;
y yo me empeñé à mi mesmo,
despues de saber à punto
fixo su estado y deseos,
en darla mas digno amparo.
Rosaura, el rezonamiento
que iba usted à hacerme de
sus desdichas à este tiempo;
puede hacersele à mi esposa:
y crea usted que no es menos
piadosa que yo: confie
de su proteccion y zelo,
si el interior de Vm. se halla
en grado de merecerlo.
Esposa mia, à tu amparo
esta infeliz encomiendo:
usa de piedad con ella
segun su merecimiento;
y remitiendo su causa

à ti, verás que procedo
à pesar de tus sospechas,
como un protector sincero,
como un Caballero justo
y como un marido honesto. *vase.*

Beat. Bien lo conozco, y de haber
pensado mal me arrepiento.
Venga acá, buena muger.

Ros. A usted, Señora, me entrego.

Beat. Sabed pues que mi marido
es hombre de gran talento,
y el mas honrado y prudente
que hai en el Mundo.

Ros. Lo mesmo
he oido decir à todos.

Beat. Y no es capaz (ni por sueño)
de querer à mas muger
que la suya.

Ros. Y yo lo apruebo:
quien tiene una esposa amable
como usted, seria mui necio
en dedicarse à otro amor.

Beat. Cuenteme usted sus sucesos,
y crea que hallará en mi
todo el amor y el afecto
que pueda necesitar.

Ros. Uste es todo mi consuelo,
Señora, y de su piedad
no debiera esperar menos.
Lelio me persigue: èl es
la causa de mis tormentos.
Quiere hacerme con violencia
su esposa; yo le aborrezco:
yo amo à Florin...

Beat. Cómo? ¿ama *ap.*
à Florindo?

Ros. Cuyo intento
tambien dirige à mi mano.

Beat. Qué? Florindo, en el empeño *ap.*
de servirme à mi, se quiere
casar con otra? esto es cierto?

Ros. Señora, usted no me escucha.

Beat. El à mi me lo ha encubierto. *ap.*

Ros. No quisiera importunar
à usted mas: si la molesto:..

Beat. Diga usted, diga: Florindo
la quiere: ya, ya lo entiendo;
è intenta hacerla su esposa.

Ros. Si, Señora mia: el Cielo
compasivo me dispensa
esta fortuna; mas Lelio
destruye mis esperanzas,
deshace nuestros proyectos,
quiere robarme, y mi esposo
por librarme de tan fiero
peligro, en una calesa
esta noche habia dispuesto
apartarme de los ojos
del traidor ribal.

Beat. ¡Ardiendo *ap.*
de rabia estoi!

Ros. Pero èl
supo nuestra fuga luego,
y con la espada en la mano
solicitó sorprendernos:
yo huì; pero de Florindo
(ay Señora!) sabe el Cielo
que podrá haber sucedido.

Beat. Ojala le hubiera muerto. *ap.*

Ros. Y llegué aqui à recobrarme,
sin saber à donde el ceño
del hado me conducia.
Mas quando tanto le debo,
en vuestro amparo, tal vez
se cansa de serme adverso.

Beat. Vé aqui una enemiga mia *ap.*
puesta en mis manos.

Ros. Primero
que usted se empeñe, Señora,
en protejerme; resuelvo
darla cuenta de mi ser
segun lo poco que puedo
saber de mi, y me informaron.
Yo soi...

Beat. No: vamos adentro:
en mi quarto podré oír
à usted con mayor sosiego.

Ros. Vamos donde usted mandare.

Beat. Pasad delante.

Ros. Obedezco. *Salen Criados.*

Beat. Ola: acompañad à esta
joven à mi apartamento.

Ros. Ay! el Cielo remunere
el favor que en usted encuentro.
A usted encargo mi vida,
todo mi honor la encomiendo,

y el inocente amor mio;
y sea el acto primero
de la caridad de usted
el asegurarme presto
de que à mi amado Florindo
no le haya aquel traidor muerto. *vase.*

Beat. ¿Qué me pide esta muger ¿
lo que estimula mis zelos
justamente. Cómo ¿ así
el infame hace desprecio
de una muger como yo,
de una Dama que à su obsequio
se permite, y de su gracia
le rinde el dominio honesto ¿
yo me sacrifico por
su causa en estar viviendo
en esta rustica aldea:
su solicitud prefiero
à la de tantos, con quienes
indiferente me muestro;
¿y el perfido corresponde
de esta suerte à mis afectos ¿
bien sé porque se ha cansado
de obsequiarme: lo penetro:
porque no puede esperar
de mi conseguir aquellos
indecorosos favores
que anhelan los viles pechos.
Vé aqui la razon porque
me abandonas: ya lo entiendo:
porque no sabes amar
virtuosamente: en esto
conozco que solo quieres
satisfacer tus deseos,
tus ilicitas pasiones:
pero tu estos pensamientos
no me los has declarado;
porque si lo hubieras hecho,
yo te hiciera arrepentir
de haber pensado indiscreto
temerariamente contra
mi honor: te amo, lo confieso,
pero con decoro: estoi
de zelos y amor muriendo;
pero sin perjudicar
mi honestidad y respetos.
Nada puedes esperar
de mi, mas tampoco quiero
que pretendas nada de otra.
¿Tú amar à otra muger, fiero?
¿tú aspirar à ser su esposo ¿
no será así, juro al Cielo.
Tendrás que sentir conmigo,
traidór Florindo grosero.
Pero, ay Dios! qué será de él?
voi al instante, al momento
à descubrir la verdad:
si estará herido ¿ si es muerto?
si él me abandona por esta
muger que el destino ha puesto
en mis manos; mi venganza
ha de llegar al extremo. *vase.*

Calle: salen Lelio y Roberto.

Lel. Si, vive Dios! buscame
à Rosaura, traela luego,
ò lo pagará tu vida.

Rob. Pero yo, ¿cómo he de hacerlo?
¿à donde he de ír à buscarla ¿

Lel. Ella no puede estár lexos,
ni haberse ido del País:
buscala, traemela presto,
por que vive Dios...

Rob. ¿No acaba
de decirme ahora usted mesmo
que tenian prevenida
una calesa al efecto
de llevarsela ¿ pues ya
la habrán llevado en un buelo.

Lel. No habrá ido en esa calesa
en tal caso: el Calesero
antes habrá de pensar
en bizmarse un poco el cuerpo;
que ha quedado bien molido:
y el caballo, yo no créo
que pueda andar con tres piernas.

Rob. ¡Hay demonio mas travieso!
¿con que usted ha apaleado al mozo ¿

Lel. Si: y contigo haré lo mesmo.

Rob. Y le ha cortado al caballo
una pierna?

Lel. Y à tí, perro,
te cortaré otra, sino hallas
à Rosaura.

Rob. Estamos buenos.
El caballo podrá andar
con tres piernas sino ha muerto;
pero

pero yo con una, cómo ?
Lel. Mira, infame, que no tengo
paciencia para sufrirte;
buscala; que aunque en el centro
de la tierra se ocultase,
la he de sacar à despecho
de todo el Mundo.
Rob. Yo haré
quanto pueda por saberlo,
y avisaré à usted al instante.
Lel. Todo quanto se me ha puesto
en la cabeza hasta hoi
lo he logrado.
Bart. Ahora me acuerdo.
Me han dicho que usted ha reñido
con el Señor Conde: es cierto?
cómo acabó la funcion?
Lel. Mi padre llegó corriendo,
y eso le valió la vida.
Rob. Ah! pobre Señor Alberto!
Lel. Mas, que no vuelva mi padre,
que no vuelva, se lo ruego,
en semejante ocasion.
Vive Dios! venir el viejo
à defender à un contrario
mio quando estoi riñendo,
y en un lance de honor? tiene
poca prudencia: Roberto,
Vá saliendo Alberto.
anda, vé, busca à mi padre,
dile que en igual suceso
no haga lo que hoi; porque yo
tal vez... basta: dile esto.
Que no vuelva otra vez à...
Sale Alb. Y bien: qué hará usted si vuelvo?
¿qué dice usted, Señor mio?
qué será? vete.
Rob. Obedezco.
Lel. Oyes: ya me has entendido.
Rob. Yá.
Alb. ¿Qué viene à ser? secreto?
Rob. Que: yo soi hombre de bien.
Este maldito mozuelo
me ha de hacer perder el pan. *vase.*
Alb. Hijo mio, amado Lelio,
¿qué modo de vivir es
el tuyo? dí, qué grosero
termino de hablar es ese?
tu padre quizá del Cielo
por Divina Providencia,
tiene el aviso funesto
de que te hallas empeñado
en un lance tan estrecho
como matar ó morir:
corre el desdichado viejo
à librarte de quedar
tal vez en el campo muerto,
ò de terminar tus dias
en un pavoroso encierro;
¿y tu agradeces así
estos afanes paternos?
à un pobre viejo que tiene
sesenta y cinco años, y estos
los empleó en fatigarse
à fin de hacerte opulento,
rico y bien visto, le tratas
con semejante desprecio?
¿aun quando arriesga su vida
por tí, en vez de agradecerlo,
bendecirle y alabarle,
le amenazas desatento?
ah! ¿tú en fin me amenazabas?
dices que si otra vez vuelvo...
No temas, no volveré,
no, no: yo te lo prometo:
no volveré à donde estés;
mas tu tampoco, te advierto,
vendrás à donde esté yó,
pues has llegado al exceso
de la maldad; ea pues,
ya he sufrido harto, y no quiero
suportarte mas: no vuelvas
à mi casa: el vil perverso
que osa amenazar à un padre,
ya no es digno de tenerlo:
sino que para su estrago,
su confusion y tormento,
se le abra en bocas la tierra,
y se le cierren los Cielos.
Lel. ¿Conque usted ya no me quiere
en la casa?
Alb. No por cierto.
Véte, desgraciado, vete.
Lel. Pues, Señor, yo lo agradezco.
Hace que se vá.
Alb. Donde vás?

Lel. A una posada.
Alb. Y con ese desenfreno ?
Lel. Si Señor, alegremente
y sin alterarme : bueno !
le parece à usted que un hijo
à quien su padre le ha hecho
la honra de echarle de casa,
no dé brincos de contento ?
Alb. Ah Lelio ! que tu caminas
à precipitarte, y ciego
no lo adviertes.
Lel. Si ? pues fuera
de aqui llegaré mas presto.
Alb. Mira si eres peor que un bruto.
Hombre sin entendimiento,
quando postrado à mis pies
debias templar mis ceños
porque otra vez te acogiese,
¿sales con decir resuelto
que te vás à una posada ?
Lel. ¿Qué, me he de echar en el suelo
de rodillas, porque usted
me da el debido alimento ?
¿no es usted mi padre ? pues
usted está obligado á ello.
Alb. ¿Asi me hablas, insolente ?
Lel. Y por que no ? nada temo
quando digo la verdad.
Alb. Vete de casa, y verémos
si estoi en obligacion
de mantenerte.
Lel. Aunque lejos
me mantendrá ustéd.
Alb. Pues cómo ?
Lel. No es dificil entenderlo:
con el pan de usted, con el
vino de usted, y en efecto,
con todo quanto es de usted:
pero digo mal ; lo yerro:
con lo que es mio : aun aqui
tambien yo mi parte tengo:
mi madre me parió en casa,
Señor, no en ningun desierto.
Alb. Verémos lo que te toca,
y por justicia al momento
te lo daré.
Lel. La justicia
me la sabré hacer yo mesmo.
Alb. Cómo ?
Lel. Si los labradores
de usted (que yo no lo creo)
no quieren morir à palos,
me habrán de dar todo aquello
que necesite.
Alb. ¿Y acaso
serás tu capáz de hacerlo ?
¿robar á tu pobre padre,
obligarle à algun despecho ?
pero no obstante, yo voi
al punto à poner remedio;
recurriré à la justicia,
y en un calabozo estrecho
reprimirás tus locuras.
Lel. Ay Señor, me rio de eso:
no crea usted que me lleguen
los Alguaciles al pelo.
Alb. Y si te matan ?
Lel. Entonces
todos quedarán contentos.
Alb. Ah Lelio ! muda de vida:
por caridad te lo ruego:
amado Lelio, por Dios,
muda vida y pensamientos.
Lel. Pues bien: si usted quiere que
mude de vida, convengo;
pero hagame usted mudar
de estado.
Alb. Yo, cómo puedo ?
no obstante haré lo posible:
¿pero como entiendes tu eso ?
Lel. Caseme usted.
Alb. Porque no ?
algun partido hallarémos
que nos convenga.
Lel. El partido
le he encontrado ha mucho tiempo:
Rosaura me gusta : deme
usted à Rosaura, y luego
me aquietaré.
Alb. ¿Y tú querrás
casarte, querido Lelio,
con una muger de quien
se ignoran patria y abuelos,
solo por el faláz brillo
de un rostro placido y bello ?
Lel. Que me importa à mi saber

su

su linage ó no ? en teniendo
una muger buena cara,
lo demás es lo de menos.

Alb. Hijo, la reputacion
no aprueba ese casamiento;
tambien sabes que Florindo
la ama, y que has estado à riesgo
de perderte por su causa.

Lel. Què riesgos? yo no los temo:
mataré à Florindo y quantos
me sirvan de impedimento
à casarme con Rosaura;
y si ahora mismo le encuentro,
le he de hacer dos mil pedazos.
Oye usted, Señor, le advierto
à usted que no se me ponga
otra vez à defenderlo,
que quando estoi enfadado
me desconozco à mi mesmo. *vase.*

Alb. Oh infelice Alberto ! ¡oh padre
desgraciado ! oh triste viejo !
¡un hijo solo me cuesta
tantas penas y desvelos !
he dejado los negocios
de la Ciudad, por tenerlo
mas tranquilo, meditando
apartarle del sendero
que le guia al precipicio;
y aqui es mucho mas travieso.
El ocio del campo acaba
de precipitar su genio:
no habla de otra cosa que
de herir, de matar: el Pueblo
vive asombrado: à ninguno
él aqui guarda respeto.
Sin embargo, acudiré
al Gobernador corriendo:
yo me arrojaré à sus pies,
le expondré mis sentimientos,
y le rogaré rendido
que me le envie bien lejos.
El es mi unico hijo,
mas que à mi vida le quiero;
pero sino le reprimo
con el castigo, le pierdo;
padecerá mi opinion,
dirán que yo le fomento,
y me juzgaré deudor
de todo el mal que haya hecho:
porque el perdon sin la enmienda,
no es enmienda sino yerro. *vase.*

Selva cõ perspectiva de Palacio y Arboles.

Sale Flor. Ay infeliz ! ¿donde habrá ido
mi amada Rosaura ? Cielos,
sino la encuentro, yo mismo
terminaré mis alientos:
¡si Lelio la habrá encontrado !
¡si el alevoso à este tiempo
la tendrá en sus brazos ! solo
de considerarlo muero.
Oh ! furor que me devora.

Rosaura à una ventana de Palacio, y Roberto detrás de un Arbol que observa.

Ros. Ah ! Florindo mio !

Flor. Dueño
de mi alma, ¿tu aqui en casa
de Beatriz ?

Ros. Si: me traxeron
mis desventuras à ella.

Flor. Oh Cielos ! cómo ?

Ros. No puedo
decirte mas: habla tú
al Señor Octavio luego,
y echado à sus pies, procura
apartarme de aqui.

Flor. ¿Pero
tu con quien estás ?

Ros. A Dios.

Flor. Tén, no te vayas tan presto.

Ros. Es fuerza, porque me llama
Beatriz. *vase.*

Rob. Basta lo que veo.
Voy à avisar à mi amo. *vase.*

Flor. ¡Qué confusiones padezco !
¿Rosaura está en casa de
Beatriz ? cómo ? no penetro
la razon: suspira, llora.
Ah Cielos Santos ! ya temo
que Beatriz haya tal vez,
con cautela descubierto
mi pasion, y concebido
alguna especie de zelos.
Si es asi, fuerza es quitarme
la mascara. Voi corriendo
à hablar al Señor Octavio,
y à descubrirle mi pecho.

Impetraré ſu piedad,
y èl que es hombre juſto, creo
que no me ſabrá negar
à Roſaura, conociendo
nueſtras ideas. La puerta
falſa eſtá aun cerrada. Quiero
entrar por la principal
dando la vuelta: ¡ah quan cierto
es que no puede gozarſe
una felicidad; menos
que paſando por mil penas,
mil ſuſtos y mil recelos! *vaſe.*

Abren la puerta del Palacio, y por ella ſalen Bartholo y dos hombres que conducen à Roſaura.

Bart. Señora, yo no sé nada:
manda quien debe pudiendo,
y obedece aquel que ſirve.
Yo no hago mas, y obedezco
lo que me manda mi ama.
Roſ. Y qué te manda?
Bart. Que luego
mis camaradas y yo
ſin detencion os llevemos
à la caſa de las Poſtas,
entregandole primero
al Maeſtro eſta carta, y yo
no sé mas. El dicho pliego
es preciſo que una ſilla
de caballo tenga dentro,
ſegun lo que peſa.
Roſ. Cómo?
¿y tu Señora ha diſpueſto
enviarme de eſta manera
ſin decirme nada?
Bart. A eſo
no tengo que reſponder:
vamos, no perdamos tiempo.
Roſ. Ay Dios! ¿à donde eſtará
Florindo, ſagrados Cielos?
èl eſtaba aqui ahora miſmo:
mis deſventuras le han hecho
auſentarſe: qué he de hacer?
Bart. Ea, vamos, compañeros.
Roſ. No, yo no voi con voſotros.
Dexadme, dexadme os ruego.
Bart. Cuerpo de Chriſto, ſi uſted
Cogiendola del brazo.
no viene la llevarémos.
Roſ. Dexadme, infames.
Bart. Señora,
eſto no tiene remedio.
Sale Lel. Atrás, canallas, atrás. *los àcuchilla.*
Bart. Guarde el que pueda el pellejo:
yo me iré al Maeſtro de Poſtas;
y en fin ya que no le entrego
la moza, le entregaré
el papel. *vaſe.*
Roſ. Ah! influxo adverſo!
Lel. Cruel, ya eſtás en mis manos.
Roſ. Ah! dexadme por Dios, Lelio.
Lel. Eſo penſaba: dexarte?
vén conmigo.
Roſ. Yo fallezco.
Dexadme os digo.
Lel. La vida
pudiera dexar primero.
Roſ. ¿Donde me conduces?
Lel. A un
ſitio ſeguro. Vén preſto.
Roſ. Ay! ay!
Lel. Vén conmigo, necia.
Roſ. Ay!
Lel. Vén y no tengas miedo.
Coſas de mugeres: dán
gritos, hacen mil extremos
y alaracas por defuera,
y eſtán bailando ácia dentro. *vanſe.*

Sala en caſa de Octavio: eſte y Florindo.

Sale Oct. Florindo amado, ¿de quando
acá ſintió uſted el incendio
de eſa incognita hermoſura?
Flor. Há ſeis meſes que à eſte ſuelo
llegó, y apenas la ví,
me prendó ſu roſtro bello;
y mucho mas ſus coſtumbres,
quando gozé el embeleſo
de ſu converſacion.
Oct. ¿Y ella
quien es, ſi puedo ſaberlo?
Flor. Es hija de padres nobles;
pero un eſtraño ſuceſo
de fortuna la conduxo
à...
Sale Beat. Buena alhaja por cierto
me ha entregado uſted, Señor

Octavio!

Oct. De que hablas?

Beat. Bueno:
de aquella honesta muchacha
que vino con el sereno
à implorar nuestro favor
al amanecer.

Flor. Ay Cielos!
Señora, ¿hablais de Rosaura?

Beat. Pues: de Rosaura: ¿y que extremos
son esos? ¿le importa à usted
algo?

Oct. No lo sabes? nuestro
Florindo la quiere hacer
suya.

Beat. Si? viva: me alegro.
¿Y quando se hacen las bodas?

Flor. Señora, baste el tormento:
Rosaura está en vuestro quarto?

Beat. Ah!... Rosaura está mui lexos.

Flor. Ay Dios! donde?

Oct. ¿No la tienes
tú à tu cargo?

Beat. No la tengo:
la loquilla se me ha ido
de entre las manos.

Flor. Yo creo
que andará en mi busca.

Beat. Si!
¡qué engaño tan manifiesto!
buscaba à Lelio, le halló,
y se ha escapado con Lelio.

Flor. Ah! que este la esconde. *ap.*

Oct. ¿Es
posible que eso sea cierto?

Beat. No tiene duda: yo misma
ví como le fué siguiendo
desde las ventanas de
mi quarto, y tambien la vieron
en su poder tres criados
tuyos.

Oct. El sentido pierdo.
¿Y usted que dice?

Flor. Rosaura
no puede haberse ido huiendo:
ella fué robada, ó fué
despreciada por lo menos.
Mirando à Beatriz à hurto de Octavio.
Alguna cautela infame
este dolor me ha dispuesto;
pero el traidor, sea quien fuere,
si, me dará cuenta de ello. *Vase.*

Beat. Lo vé usted, Señor? esto es
lo que se gana acogiendo
personas desconocidas.

Oct. Con todo, no me arrepiento
de haber usado con ella
un caritativo afecto
de que yo juzgaba fuese
digna.

Beat. Pues ya lo estás viendo:
esto te sirva de aviso
para proceder mas cuerdo
en tales asuntos.

Oct. ¿Y ella
tal vez no te ha descubierto
quien es?

Beat. Si: me ha dicho varias
cosas, à que no dí asenso
entonces, ni credito ahora:
de una muger en quien vémos
lo falso, ¿cómo se puede
esperar lo verdadero?

Oct. ¿De que país dice que es?

Beat. A la verdad no me acuerdo
si es Sarda ò si es Siciliana:
es de uno de estos dos Reinos,
porque tan presto se hace
de uno como de otro.

Oct. Pero
en dos países no puede
nacer un solo sugeto.

Beat. Nació en uno, y en el otro
se crió, segun entiendo.

Oct. ¿Pero en qual de ellos nació?

Beat. Si digo que no me acuerdo:
mui mal la entendi, y mui poco *ap.*
se me dá de no saberlo.

Oct. ¿Y es noble à la verdad?

Beat. Ella
dice que su nacimiento
procede de sangre real.

Oct. Su ayre nos dá un buen diseño.
¿mas quien la traxo à este estado?

Beat. Me ha dicho tantos enrredos,
que es imposible acordarme:

fugitivo el padre, muertos
sus dos hermanos, la madre
casi violada, un viejo
la recogió á ella en edad
tierna: qué sé yo? es un cuento
de que se puede escribir
un romance de los buenos.

Oct. Pero tú en suma, no sabes
nada.

Beat. Ni lo sé, ni quiero.

Oct. ¿Pues qué extravegancia es esta?
eres muger, ¿y el deseo
de saber no te estimula?
esta vez yo te confieso
que soi mucho mas curioso
que tú. En fin, en el aspecto
de aquella joven, alguna
cosa extraordinaria encuentro.
Mandaré llamar à Celia
con quien estubo algun tiempo
hospedada, y me dirá
todo lo que hubiere en esto.

Beat. Anda, enviala à llamar
que me alegraré: así puedo
saber como se ha prendado
Florindo de ella.

Oct. ¡Qué exemplos
nos dá el Mundo! ¿quién diria
que pudiere caer en yerro
semejante una muchacha,
cuyo semblante modesto
parecia sobre escrito
de la inocencia del pecho?
Vea usted aqui lo que son *à Beatriz.*
mugeres. *Vase.*

Beat. Qué son? lo mesmo
que los hombres. Si, nosotras
tambien sujetas nos vemos
à las humanas pasiones,
y estas tal vez con violentos
transportes nos predominan.
Yo que suspiré el momento
de vivir en esta Aldea
por el logro lisongero
de hablar con Florindo; ahora
vengo à verle en un incendio
de amor abrasar por otra:
y con animo resuelto
de darla la mano: y ¿yo
lo he de sufrir con sosiego?
¿no he de abrasarme de envidia?
no he de morirme de zelos?
yo seria una insensata
si tubiera sufrimientó.
Florindo es un alevoso,
un falso, un hombre perverso,
y yo le trato como èl
merece, pues destruyendo
sus esperanzas, con su
dolor mi mal lisongéo.
Hize alexar su querida;
pero un extraño suceso
la ha conducido à las manos
del rivál que están temiendo.
Esto me llena de gozo;
porque así logro mi intento
sin peligro de que sepan
que soi quien la culpa tengo
de su fuga. El que dedica
à una muger sus obsequios,
pienselo bien: porque no
podrá retirarse luego
voluntariamente, y si
con violencia quiere hacerlo,
de la femenil venganza
jamás estará à cubierto. *Vase.*

Sala de Hostería: salen Lelio y Rosaura: Lelio cierra la puerta por donde entró.

Lel. Vamos, no llores: estás
con un hombre fiel y atento,
que siempre te querrá bien.

Ros. Estoi con un hombre (ay Cielos!)
que me quiere vér morir.

Lel. No, no; viva verte quiero.

Ros. Diga usted, à donde estamos?

Lel. Para qué quieres saberlo?
Estamos en la Hostería
de la Posta.

Ros. Yo fallezco.
Infeliz de mi! ¿yo en tal
parage? pues Señor Lelio,
¿cómo trata usted mi honor
con semejante desprecio?

Lel. Querida Rosaura, tén
paciencia: no puedo menos.
Aqui es imposible hallar

cosa decente tan presto,
Ros. Y qué quiere usted de mi?
Lel. Que seas mi unico dueño.
Ros. En sitio tan indecente?
Lel. Como es cosa que podemos
hacerla en qualquiera parte,
yo no he reparado en eso.
Ros. No, Señor Lelio; jamás
será.
Lel. Vive Dios! te tengo
en mis manos.
Ros. ¿Y me hará
usted suya à mi despecho?
Lel. Y por qué no?
Ros. Será nulo,
Señor, ese casamiento.
Lel. Casemonos, que despues
queda tiempo para verlo.
Ros. Quiere usted hacerme infeliz,
de sus palabras lo infiero,
pero aseguro que usted
jamás logrará mi afecto.
Lel. Cómo que no? eres indocil:
mas si antes habia resuelto
casarme contigo, por
que te amaba; ahora he de hacerlo
por castigar tu altivéz:
probaré à infundirla miedo. *ap.*
Ros. De qualquier modo me son
horribles vuestros deseos:
y estoi mas pronta à morir
que à daros consentimiento.
Lel. Pues bien: muere si te dá
tanto valor tu despecho,
y disputame la dicha.
Ros. Favor, soberanos Cielos!
Lel. No hai quien te ampare.
Ros. Ay de mi!
Se desmaya en una silla.
Lel. Ya se desmayó: ¿y què haremos
ahora? ¿què pretendo yo
de muertos ó medio muertos?
que una muger desmayada
ò muerta, casi es lo mesmo.
Es necesario pensar
en que vuelva en si primero
que nada: llamaré gentes
que acudan à su remedio.

Abre la puerta, y al abrirla sale Florindo con la espada desnuda.
Flor. Aleve, te hallé por fin.
Lel. Traidor, nunca à mejor tiempo:
ya está tu vida en mis manos.
Lelio le gana la espada, y le amenaza con un cuchillo.
Flor. Saciate en mi sangre, fiero:
Lel. Con este puñal, cobarde,
te despedazaré el pecho:
pero antes mira à tu amada:
ya es mia; yo soi su dueño:
observala: por mi amor
se ha desmayado.
Flor. Qué veo!
perfido, acaba mi vida.
Dame la muerte.
Salen Alguac. Alto aí! quieto
todo el Mundo.
Lel. Atrás: ninguno
se acerque.
Alg. 1. Este ya está preso.
Conducidle à un calabozo.
Flor. Infeliz Rosaura! Esmero
de mi amor, à la clemencia
de los Cielos te encomiendo.
Le llevan algunos.
Lel. Qué hacen ustedes aqui?
desocupennos el puesto.
Alg. 1. Señor Lelio, usted se sirva
de venir conmigo presto,
y bien à bien, no dé causa
à que le pierda el respeto.
Lel. Cómo, canalla? conmigo
se habla así? por Dios eterno,
que todos han de morir. *vase riñendo.*
Ros. Ay Dios! donde estoi? no encuentro
à Lelio: la puerta abierta
está, y solo el aposento.
¿Qué numen tutelar es
el que me defiende, Cielos?
Sale el Maestro de Postas y Barthola.
Maes. ¿Es esta la muger que
se ha de conducir?
Ros. Qué es esto?
Beat. Esta es, si Señor.
Ros. ¿No es este
el criado que sirviendo

está

está à Beatriz ?
Maes. Dile à tu ama
que leí la carta, y dentro
hallé el dinero, y que ya
lá he servido, pues en menos
de un quarto de hora, la joven
estará de aqui mui lejos.
Bart. Mui bien.
Ros Qué estarán hablando ?
me tiembla el corazon.
Maes. Presto.
Bart. Señora, Dios guarde à usted,
mande en quanto servir puedo,
y Dios la dé feliz viage. *Vase.*
Maes. Vamos, Señora, que espero.
Ros. Donde ?
Maes. Aqui no está usted bien.
Ros. ¿Pero donde es el intento
de usted conducirme ?
Maes. Donde
esté usted mejor.
Ros. Yo muero:
por piedad.
Maes. Menos palabras,
que no puedo perder tiempo.
Ros. Vamos à donde me acaben
de matar mis sentimientos,
pues en ellos lleva un triste
dogal, cuchillo y veneno.

ACTO II.

Quarto de Beatriz: sale esta y Bartholo.
Beat. Vén acá: qué es lo que dices ?
Bart. Digo que ya va Rosaura
por esos caminos en
una calesa.
Beat. Qué hablas ?
¿cómo puede ser; si Lelio
solamente la llevaba ?
Bart. Pues bien: eso digo yo:
él la llevó à la posada
de la Posta, y la justicia
vino y se llevó la casa
toda.
Beat. Vé aqui lo que digo:
quién ha de creer tus palabras ?
se han llevado la Hosteria,
eh ?
Bart. Quiero decir los que estaban
en ella.
Beat. Si ? y quienes eran ?
Bart. Muchisimas gentes; hasta
el Señor Florindo.
Beat. Quien ?
Florindo ? pues qué buscaba
alli ? y vá preso tambien ?
Bart. Si Señora.
Beat. ¿Mas Rosaura
donde está ?
Bart. Vá en la calesa.
Beat. Y Lelio ?
Bart. Tambien
Beat. Aguarda:
tambien Lelio en la calesa ?
Bart. Qué calesa, ni qué aca ?
Beat. Pues donde ?
Bart. Los Alguaciles
cogerle solicitaban,
y èl no se quiso dexar
coger.
Beat. Y ella ?
Bart. Usted me mata.
¿Quántas veces quiere usted
que se lo diga ?
Beat. Una, y basta.
Bart. Pues ya estará mucho trecho
de aqui.
Beat. ¿Mas quién fue la causa
de ese viage ?
Bart. Yo.
Beat. Tú ? cómo ?
Bart. Cómo ? con aquella carta
que usted me dió.
Beat. Se la diste
al Maestro de Postas ?
Bart. Vaya.
Beat. ¿Y él la ha hecho por orden mia
marchar ?
Bart. Si Señora.
Beat. En nada
se ha errado: lo entiendo ahora.
Por mi orden se vá Rosaura,
y Florindo está en la carcel.
Bart. Yo le he visto echar la garra.
Beat. Pobre mozo ! haré el esfuerzo ap.

mayor porque libre salga:
y vá con Rosaura alguno?
Bart. Vá un hombre de la posada.
Beat. Esa es justamente la orden
que he dado. Creo que anda
gente aí fuera. Vé quien es.
Bart. Voi luego. *Vase.*
Beat. Aunque despreciada
estoi de Florindo; yo
no tengo corazon para
sufrir verle en una carcel.
Ahora que Rosaura falta
de su vista, y dentro de
poco estará con mi hermana
en Napoles, y en retiro;
Florindo podrá olvidarla,
y me pedirá perdon
de la indigna y temeraria
pasion suya: y bien, quien es?
Sale Bart. La Posta.
Beat. La Posta? qué hablas?
dirás el Maestro de Postas.
Bart. Si Señora: está en la sala.
Beat. Vendrá à darme cuenta de
su atencion y vigilancia
en servirme. Dile que entre::-
no, espera: di que se vaya;
viene mi marido, y no
quiero que lo sepa. Marcha,
que se vaya ahora, y que vuelva
à la tarde.
Bart. Véte, aguarda,
dile, escucha, estate quieto.
¡Qué demonios de entruchadas! *Vase.*

Sale Octavio y Celia.

Oct. Esposa, ya está aqui Celia.
Ella puede dar exacta
razon de la bella joven
que hemos recogido en casa.
Beat. Bella? ese bella, Señor
Octavio, no viene à nada.
Cel. Esta Señora querrá
ser sola ella la alabada.
Beat. Digame: ¿es de esa muger
parienta?
Cel. Sobervia rara! *ap.*
de esa muger: no Señora:
ni parienta ni cuñada.
Beat. ¿Y cómo se ha enamorado
Florindo de ella?
Oct. ¡Qué extraña
proposicion! Beatriz mia,
que hace al caso preguntaria
tal cosa, ni à que conduce
en nuestra duda? muchacha
graciosa, vén aqui.
Cel. Oh!
el Señor Octavio trata *ap.*
un poco mejor.
Oct. ¿Quién es
esta Rosaura, esta cauta
doncellita?
Cel. Yo diré:
seis meis (sino me engaña
la memoria) ha que à este Pueblo
llegó un hombre de abanzada
edad, llamado Rodulfo;
que quando yo iba en compaña
de mi madre à ver la feria
de Napoles, nos hablaba;
y aun él tambien à esta Villa
solia venir veces varias
à holgarse: pues como digo,
fué à buscarme una mañana
con Rosaura, y me rogó
tenerla una temporada
oculta en mi compañia,
prometiendome la paga,
y por entonces me dio
doce ducados de plata.
Quando ví tanto dinero
junto, de gozo saltaba
como un cabritillo; pero
si he de decir verdad; hasta
hoi mas de cien me ha comido:
no importa: yo la estimaba,
y solo le pido à Dios
que me conceda encontrarla.
Beat. ¿Y cómo se ha introducido
Florindo?
Oct. Espera: y di, amada
Celia, quién te la entregó
¿te dijo quien es Rosaura?
Cel. Me dixo que era una joven
mui noble, y por reservaria

de la muerte era forzoso
tenerla oculta y lexana
de la Ciudad, hasta que
viniese èl mismo à buscarla;
ò para volverla otra
vez à Napoles, ò para
llevarla donde estubiese
aun mucho mas ignorada.
Oct. Y no sabes nada mas?
Cel. He dicho quanto alcanzaba.
Beat. ¿Puedo ahora preguntar
algo de Florindo?
Oct. Aguarda *à Beat.*
un poco: ¡grande interés
de este Florindo te arrastra!
¿y de ella no has entendido *à Cel.*
jamás cosa alguna?
Cel. Nada:
no obstante ella es regular
que algo sepa, mas lo calla.
Oct. Ha dicho ser noble?
Cel. Si:
esto ha dicho.
Oct. ¿Y de qué patria
no sabes?
Cel. Por lo que entiendo,
ella debe de ignorarla
tambien.
Oct. ¿Y no ha dicho acaso
si ha estado en riesgo por causa
de algun amor?
Cel. Me ha jurado
que no ha estado enamorada
jamás.
Beat. Pobrecita! y luego
que viò á Florindo, en las llamas
de amor se consumió toda.
Cel. Oh! han pasado antes de hablarla
mas de tres meses; porque ella
ni menos le saludaba.
Beat. Pero cómo ha principiado?
Cel. De un dia en otro. El la amaba,
la seguia en todas partes:
debajo de su ventana
solia pasar las noches;
con que la pobre muchacha,
viendo el amor, la lealtad,
afecto y perseverancia
de aquel amable mancebo,
no hubo mas; rindió la plaza.
Beat. ¿Y cómo se ha conducido
èl para entrar en su casa?
servias tú de tercera?
Cel. Yo fui una moza honrada,
y usted, Señora...
Oct. Querida
Beatriz, esas son palabras
indecentes para oidas,
y aun mas para pronunciadas.
Tú inquieres lo que à nosotros
no nos importa en substancia
ni poco ni mucho.
Beat. A mi
no me importa: preguntaba
por simple curiosidad.
Buscaré proporcionada *ap.*
ocasion para saberlo.
Si quieres examinarla
mas, preguntala, que yo
me retiro à la otra sala;
pero me parece que
la niña de quien se trata,
no merece tanto empeño.
Yo voi à todo arriesgada *ap.*
à librar el prisionero,
y sea mi piedad rara
nuevo estimulo de amor,
que su gratitud me atraiga. *Vase.*
Oct. Qué tienes tu? porque lloras?
Cel. En hablando de ella, nada
puede contener mi llanto.
Oct. Porqué?
Cel. De mi casa falta,
y no sè donde estará.
Oct. Luego ignoras lo que pasa?
¿sabes lo que la sucede
con Lelio?
Cel. Ay desventurada!
yo no sé nada. Ese Lelio
la perseguia.
Oct. Si? vaya:
la perseguia, y se ha ido
con él?
Cel. Ay! à usted le engañan:
eso no es posible: la
doncella mas recatada,

mas honesta y cuerda ; aun no es
comparacion de Rosaura.
Oct. Pero ella se fué con Lelio.
Cel. Perdone usted , que esa es maula.
Oct. Pues sino Lelio la habrá
robado.
Cel. Esa buena alhaja ?
ah picaron ! si es así,
de uste es preciso me valga.
Oct. Ya me ha empeñado otra vez
en su amparo esta mañana.
Cel. Pues no la abandone usted
por Dios.
Oct. Si es posible hallarla,
y si Lelio la ha insultado,
no dudes de mi venganza.
Cel. Bien haya su alma de usted.
Sale Bart. Para usted viene esta carta,
Señor.
Oct. Veamos. *abre.*
Cel. Ah pobre
Rosaura mia ! en las garras
de aquel lobo!
Oct. Rosaura es
quien me escribe.
Cel. Donde se halla ?
donde esta ? pobre infeliz !
Oct. Escucha , por Dios , y calla.
Lee. „ Señor , me encuentro en la carzel ,
„ de cuyo favor me considero obligada
„ al Cielo que me preserva por este me-
„ dio de mas acerba desventura : recu-
„ rro à usted que es el unico asilo
„ que puede tener en esta tierra mi
„ desgracia, y espero que me dispensará
„ usted los actos de su piedad , y no
„ abandonará al furor del destino à su
„ reconocida. *Rosaura.*
Lo oyes ?
Cel. Ah ! vaya usted presto
à socorrerla: que aguarda ?
Oct. Si : voi corriendo à saber
del Gobernador la causa
que hubo para su prision.
Haré quanto pueda para
darla asistencia y amparo,
si el merito la acompaña
que dices ; y si concuerdan
sus obras con sus palabras. *Vase.*
Cel. Pobre Rosaura , y mas pobre
de mi , si le dá la gana
de venir al viejo un dia,
y no la encuentra en mi casa.
Mi marido está en el campo,
y nunca ha sabido nada
de este enrredo. Las doncellas
peligran sino se guardan;
pero muchas veces suelen
perderse aunque estén guardadas.
Quieran los Cielos que vuelva
como fué ; pero en las garras
del gato una vez la carne,
siempre vuelve pellizcada. *Vase.*

Sala de la Hosteria con la silla en que estubo Rosaura. Salen la Condesa Leonor, Rodulfo y un Criado de la casa.

Salen Criados. Entren Usias , Señores:
aquesta es la mejor sala
de la Fonda.
Leo. Diga usted,
de una muger que se llama
Celia , me dará razon ?
Criad. Si , mi Señora.
Leo. Se halla
en Aversa todavia ?
Criad. Si Señora.
Leo. Rodulfo , anda,
hazla venir. *vase el Criad.*
Rod. Buscaré
su casa , que aun olvidadas
no tengo las calles.
Leo. Y
à Rosaura tambien.
Rob. Ambas
vendrán : se verá confusa
al conocerme.
Leo. Mas rara
confusion tendrá , en sabiendo
la feliz nueva que aguarda.
Rod. Ardiendo estoi de deseos
amorosos de abrazarla. *vase.*
Leo. Infeliz Rosaura ! hasta oy
ha sido su vida infausta
un juego de la fortuna.
Mas ya creo que esta ingrata
fragil deidad en su rueda

fixará un clavo, y cansada
de perseguir la inocente
vida de esta infeliz, haga
un punto donde terminen
sustos, y placeres nazcan.
Yo seré quien la conduzca
sus dichas inesperadas.
Y solo à precio de ser
la primera que en su cara
vea resaltar el gozo,
doi esta pequeña marcha
por bien empleada, aunque
fuese mil vezes mas larga.
El cansancio me estimula
al respeto; mas si tarda *se sienta.*
Rodulfo, yo no me atrevo
à dormir aqui: me agrava
con demasiada violencia
el sueño. Oh Dios! una escasa
hora de quietud::- *duermese.*
Sale Lel. ¿No está
el amo de la posada?
no hai ningun criado? no hai
nadie que pueda en casa
darme cuenta... Mas qué veo?
¿Rotaura está desmayada
todavia? no, no es ella:
voi à verla cara à cara.
No es ella; pero tampoco
el trueco me desagrada.
Sola, y en la casa de
la Posta? quien será? vaya,
alguna muger de bien
que à sus aventuras anda.
Y yo perderé tan bella
ocasion que me prepara
el acaso? ¿no seria
necedad el despreciarla?
Sale un Criad. Señor, que hace ustéd aqui?
Lel. Vete.
Criad. Advierto à usted que en la sala
donde hai forasteros no
se entra con tal confianza.
Lel. Bribon, asi hablas conmigo? *dale.*
Leo. Ay! *despierta.*
Criad. A mi una bofetada?
Lel. Si; y por si no vas contento
lleva esos palos por zaga. *dale de palos.*
Criad. Ay! ay! socorro.
Leo. Infeliz de mi!
Cielos, ¿en qué casa
estoi yo?
Lel. Toma, y aprende.
Le echa y cierra.
Leo. Caballero (estoi pasmada)
quién sois?
Lel. Un hombre de honor.
Leo. Qué quiere usted de mi?
Lel. Nada:
no habia reparado.
Leo. ¿Y qué
busca usted?
Lel. Yo no buscaba
nada tampoco. He venido
por acaso.
Leo. ¿Y porque causa
ha cerrado usted la puerta?
Lel. Porque nadie me estorvára.
Leo. Para qué?
Lel. Para ofrecer
mí rendimiento à esas plantas.
Leo. Sabe usted quien soi?
Lel. No tengo
ese honor.
Leo. Pues es audacia
entrarse en el quarto de una
muger que está retirada,
sin conocerla.
Lel. Los hombres
de honor tienen puerta franca.
Leo. Los hombres de honor, no pierden
asi el respeto à las Damas.
Lel. Es usted Dama? Señora,
con todo el respeto... *hace cortesia.*
Leo. Basta:
salgase usted de aqui.
Lel. Cómo?
usted (pues es buena gracia!)
por ser Dama me despide?
usted creerá (cosa es clara)
que soi algun aldeano.
Leo. Sea usted quien fuere, es sobrada
temeridad la de usted.
Lel. Qué tiene de temeraria?
Leo. Entrarse al quarto de quien
en seguridad descansa;

cerrar la puerta . ¿Y que quiere
usted con ella cerrada ?
Lel. Si cerrada ofende à usted,
espere usted que la abra. *abre.*
Ya está abierta.
Leo. ¡Si viniese
Rodulfo ! ay Dios ! quanto tarda !
Lel. Está usted contenta ahora ?
Leo. Lo estaré quando usted salga
por ella.
Lel. Yo soi un hombre
de honor : usted me desaira,
me ofende.
Leo. Quedese usted:
mas vale que yo me vaya. *vá à irse.*
Lel. Eso no puede ser. *la detiene.*
Leo. Cómo ?
usté hace una accion villana
conmigo.
Lel. Perdone usted.
Leo. Pues qué quiere ?
Lel. Si se aplaca
su furia , se lo diré.
Leo. Hable usted , si sus palabras
son dignas le escucharé
Lel. Señora , la verdad valga:
yo no vine aqui por vos,
mas ya que la suerte grata
les ha ofrecido à mis ojos
su perspectiva gallarda;
no fuera digno del bien
si del bien me separàra.
Leo. Y usted quien es ?
Lel. Soi quien::- quando
sepa como usted se llama,
tambien la diré mi nombre.
Leo. No lo sabreis , si esto falta,
mientras yo no sepa el vuestro.
Lel. Por mi , siga la humorada;
hablarémos sin saber
ni yo ni usted con quien habla.
Leo. Espero que usted se irá.
Lel. Por ahora está uste engañada.
Leo. Haré que usted se arrepienta
de una osadia tan baja.
Lel. Ahora veo que es usted
una gran Señora : vaya,
empieze uste à hablar con vozes
graves.
Leo. En esta comarca
soi bien conocida.
Lel. Yo
no tengo dicha tan alta.
Leo. Al Señor Octavio del
Baño que cerca se halla;
me daré à conocer , y él
hará se me satisfaga
de esta injuria.
Lel. ¿Le conoce
usted ?
Leo. Yo no.
Lel. Cosa estraña !
Leo. Pero está bien informado
de los timbres de mi casa.
Lel. Pues aqui está à vuestros pies.
Leo. Vos, Octavio? esto me pasma.
Lel. Si, yo soi vuestro criado.
Leo. Perdone usted si à la urbana
atencion que se le debe
ha faltado mi ignorancia:
mas permitame que diga
que aqui en la aldea no es tanta
la prudencia de usted , como
allá en la Ciudad se alaba.
Lel. La libertad de la aldea
concede vida mas amplia.
Estos son humores sanos
que produce la campaña.
Señora , perdone usted. *mui rendido.*
Leo. Jamás à usted le juzgára
capaz de caer en tal
debilidad.
Lel. Ya me cansa: *ap.*
escuse usted mi rubor,
y hagame la sublimada
honra de que yo conozca
con quien hablo , si os agrada.
Leo. Soi Leonor , Condesa de
Castel-Roso.
Lel. Oh noble Dama !
de la familia de Usia
soi criado. La prosapia
de Usia es reconocida
por la mas autorizada
del Reino : si sé quien es, *ap.*
maldita sea mi alma.

Leo. Es preciso tolerar *ap.*
su osadia, por si hai causa
que me obligue á valer de èl.

Lel. Condesa mia, ¿què fausta
suerte la conduce à Usia
donde logre venerarla
mi fé? viene Usia sola?

Leo. Ved aqui quien me acompaña.

Lel. Quién es este viejo? *sale Rodulfo.*

Leo. Es un
Siciliano de elevada
sangre, aunque pobre.

Rod. ¿Quién es
este Caballero, amada
Leonor?

Leo. El Señor Octavio
del Baño.

Rod. Ah fortuna grata!
soi mui de usted: todo el Cielo
ha dispuesto que encontrára
à usted, y le conociese
à tiempo de que me valga
de su amparo, que en extremo
necesito.

Lel. Resignada
mi obligacion está siempre.
En qué parará esta danza? *ap.*

Rod. Condesa, vuestra infeliz
Rosaura está encarcelada.

Leo. Ay de mi! qué escucho!

Lel. Dónde
es la prision de Rosaura? *con vehem.*

Rod. Es la carcel del Señor
Gobernador.

Leo. Desdichada!

Lel. Yo la libertarè, yo.
La suerte menos ingrata *ap.*
me ofrece el medio de hacerla
mia.

Rod. Supe la desgracia
confusamente. Me han dicho
que un cierto Lelio... No haya
por aqui alguno que escuche.

Lel. No escucha nadie: qué os para?

Rod. Un cierto Lelio, atrevido,
insolente y de inhumana
condicion...

Lel. Ah pobre viejo! *ap.*

Rod. Hijo de un Mercader; que anda
siempre en pendencias, que inquieta
el País, que alborotada
tiene la plebe, y que vive
triunfando por su arrogancia...

Lel. A este le cansa el vivir *ap.*
tanto.

Rod. Ha intentado robarla,
y que logrando su idéa,
fué sorpreso en esta casa
misma, y lo vino á pagar
todo la desventurada.

Leo. ¿Y què han hecho de ese infame
vil temerario?

Lel. Mal hayan *ap.*
tales lenguas.

Rod. No lo sè:
la justicia procuraba
prenderle: dicen que èl
se defendió con bizarra
resolucion, mas yo espero
que le haya salido vana.

Lel. Ya no puedo contenerme:
estoi temblando de rabia. *ap.*

Rod. Veo que usted se extremece
Señor, al oir infamias
semejantes. Por amor
de Dios le ruego que haga
quanto pueda, porque alcanze
aquella pobre muchacha
su libertad; y si Lelio
aun es vivo, si es que falta
ese hombre indigno de Aversa;
procure usted que le traigan
arrestado, y le condenen
à aquella pena ordinaria
que merece un asesino.

Lel. Pero, amigo; usted le ultraja
demasiado

Rod. Aun digo poco,
si atiendo al daño que causa.
Perfido; insolente.

Lel. Ah indigno
viejo, sabes con quien hablas?

Rod. Ay de mi!

Lel. Yo soi, yo soi
ese Lelio que maltratas;
Y sino fuera desdoro

de-

derramar tu sangre elada,
te arrojaría à los pies
la cabeza.

Leo. Què escucho, ansias!
no sois Octavio?

Lel. El Demonio
soi, que te lleve.

Rod. Impensada
pena!

Lel. Asi se habla de mi!

Leo. ¿Y usted tambien asi trata
à los forasteros?

Lel. ¡Viven
los Cielos! no sè quién me ata
las manos.

Rod. Vèn, matame:
satisface en mi tu saña.

Lel. Aparta, viejo atrevido.
Le arroja, y vase.

Rod. Ay de mi!

Leo. Señor, levanta.

Rod. Se fuè ya?

Leo. Si; ya se ha ido.

Rod. Su osadía temeraria
castigará la justicia. *vase.*

Leo. ¡Què cumulo de desgracias!
donde terminará el curso
de tan horribles borrascas,
ò quando verémos, Santos
Cielos, del placer la cara! *Vase.*

Sala en casa de Octavio, este y Rosaura, y habrá dos sillas.

Sale Oct. Yá estais libre: à mi el Señor
Gobernador me dispensa
esta gracia, persuadido
à que mui dificil fuera
que pudiera protexer
yo à quien justicia no tenga.
Ea pues, usted Señora,
de nuevo en mi casa entra,
pero de aqui no saldrá
menos que no me dè cuenta
de todo sencillamente.

Ros. Señor, no me escusarè à esa
proposicion, que à usted solo
diré quanto de mi sepa.

Oct. Ola.

Sale Bart. Señor.

Oct. Dí à tu ama
que venga aquí.

Bart. Salió fuera
en el Virlocho, y fué à casa
del Gobernador.

Oct. Aun ella
habrá ido à suplicarle
por usted segun las muestras.
Vamos pues: sientese usted *vase Bart.*
y hablarémos con franqueza. *se sietan.*

Ros. Ay! què será de Florindo?

Oct. Empieze usted, que en sus penas
asistiré con empeño,
y atenderé con terneza.

Ros. Quanto sè diré, Señor,
si acaso el llanto me dexa.
Mi padre nació en Sicilia;
mui noble: tubo una bella
esposa, que fuè para èl
la desdicha mas acerba.
Se enamoró un Caballero
de su hermosura y modestia,
y agitado de amor, puso
en practica sus ideas,
batiendo un muro de acero
con municiones de cera.
A favor de una ocasion
vil; mi madre se halló expuesta;
se defendió noblemente,
pero apeló à la violencia
el impio, à cuyo insulto
ella corregirle piensa
con un cuchillo con que arma
su mano la contingencia.
Mas èl, tal vez irritado
de su heroyca resistencia,
equivocando de amor
y odio las distintas sendas,
con un barbaro puñal
el corazon la atraviesa.
Mi padre por vengar la
sangre de su esposa honesta,
no pudiendo saciar su ira
en el dueño de la ofensa,
hizo matar una hija
suya; pero èl en las tiernas
vidas de dos inocentes
hermanos mios se venga;

aun-

aunque profugo : vé aquí
ambas familias deshechas;
vé aqui fugitivos ambos
enemigos ; sus haciendas
confiscadas , y yo triste,
sola quedé viva à expensas
del hado para que sirva
de objeto à sus influencias,
que en poder de la nutriz,
no pudo el que se desvela
en derramar nuestra sangre,
terminar mi vida adversa.
Al noble Rodulfo, amigo
de mi padre , à tantas penas
movido , no le sufrió
el corazon la entereza
de dexarme abandonada
en tan tierna edad, è intenta
llevarme à Napoles, donde
como hija suya viviera.
Me acoje amorosamente,
me conduce , educa , enseña,
y en fin , despues de mi padre
solo á él debo mi existencia.
Esto es todo quanto sé
de mi, no porque lo sepa
de Rodulfo , porque siempre
tal satisfaccion me niega.
Mas la Condesa Leonor
de Castél-Roso , que era
la unica persona que
supo mas de mis tragedias;
no pudo siempre negarse
à darme alguna pequeña
noticia : mas todo quanto
he contado à usted, no entienda
que haya podido saberlo
menos que en veces diversas,
y en curso de muchos años ;
tal que al darme la Condesa
estas noticias sin orden
ni narracion que siguieran,
jamás creeria que fuese
yo capaz de retenerlas,
y unirlas quando me hallase
en situacion , donde es fuerza
hacer à pesar del llanto,
un breve resumen de ellas,
Si supiese mas , Señor,
lo diria sin reserva:
amo la sinceridad
con voluntad tan extrema,
que la prefiero à qualquier
reparo ; y si considera
mi corazon que es un hombre
sabio y lleno de prudencia
à quien refiero mis males;
no dudaré que merezca
la proteccion que deseo,
y asi mismo el que usted tenga
depositado en su pecho
un arcano que revela
mi afliccion, y que hasta ahora
he reservado en mi mesma.

Oct. ¿Pero usted no sabe el nombre
de su padre ?

Ros. Señor , crea
usted que tambien le ignoro;
y aun mi patria verdadera:
y si he de decir lo que
imagino , dudo sea
mi proprio nombre el que ahora
me llaman.

Oct. ¿Qué causa nueva
tubieron sus bienhechores
de conducirla à esta tierra ?

Ros. Seis meses ha que Rodulfo,
Señor , me conduxo à ella.

Oct. Lo sé ; pero porque causa ?

Ros. Por una improvisa idea
que le obligó à resolverlo.
Juzgaba que yo le fuera
motivo de gran temor,
y me traxo donde à Celia
entregada , viva oculta,
haciendome la promesa
de que pasando algun tiempo
vendria à verme , pero estas
esperanzas ya espiraron,
porque ha seis meses que cuenta
mi amor su ausencia à momentos;
y ya no espero que venga.
Recelo que será muerto,
ó que la fortuna fiera
con alguna desventura
mas grande de mi le aleja.

y

Oct. ¿Y usted, en vez de esperar
su regreso, y sin mas nuevas
suyas, se iba con Florindo?
Ros. La insidia de Lelio era
quien me estimulaba à hacerlo.
Florindo tenia dispuesta,
segun me ofrecia, casa
segura mui pocas leguas
de aqui.
Oct. Pero el resolverse
siempre ha sido ligereza.
Ros. ¿Debia esperar que Lelio
viniese con la violencia
à insultarme? ¿me querian
dos: el uno à viva fuerza,
con fino amor otro: à quién
quería usted que atendiera?
Oct. Si, si; se defiende usted
mui bien.
Sale Bart. Aqui está à la puerta
un criado del Señor
Gobernador que le besa
à usted la mano, y le envia
dos forasteros que llegan
preguntando por Rosaura.
Oct. No discurres tu quien sean?
Bart. Una Señora y un viejo,
que dicen que allá en la Era
de Adán se llamó Rodulfo.
Ros. Cielos! qué noticia es esta?
Señor, es mi bienhechor,
mi amparo, mi padre.
Oct. Apriesa,
dí que pasen adelante:
¿y la Señora, no piensa
usted quien pudiera ser?
Ros. No Señor: ¡ah mi Condesa
Leonor! *Salen Rodulfo y Leonor.*
Leo. Ah Rosaura mia!
descansa en mis brazos, llega.
Rod. Hija de mi alma... Señor,
perdone usted mi ansia ciega.
Oct. No, no interrumpan ustedes
sus amorosas ternezas.
Ros. ¡Quanto me ha hecho usted penar!
Rod. Ah! quantas lagrimas tiernas
me has hecho verter! Señor,
perdoneme usted.
Oct. En vuestras
dichas entro yo à la parte.
Rod. Permita usted que me atreva
à abrazarle, y me consuele:
oh Divina Providencia!
es uste el Señor Octavio?
Oct. Y quien serviros desea.
Leo. Señor; oy necesitamos
del amparo y la clemencia
de usted; yo soi Leonor
de Castél-Roso.
Oct. Es quimera?
¿pues qué venturoso acaso
conduce à Usia à esta tierra
donde yo logre el honor
de obsequiarla, y donde vea
quanto aprecio esta aventura?
Leo. El amor que profeso à esta
joven, me trae en persona,
solo à anunciarla la nueva
mas feliz que esperar pudo.
Oct. Disculpe mi inadvertencia
no haber conocido à Usia.
Ola, sillas.
Bart. Voi por ellas. *las llega.*
Señor, tengo otra embajada
que darle à usted.
Oct. Pues qué esperas?
permitame Usia: dí.
Bart. Pretende tambien licencia
para entrar el Señor Lelio.
Oct. Lelio? *alterado.*
Rod. El que me insultó?
Ros. Penas;
mi perseguidor!
Leo. Es este
un indigno que en Aversa
apenas puse los pies,
quando sufri su insolencia?
Oct. Qué quiere?
Bart. Hablar con usted.
Oct. Dile que ahora, aunque quisiera,
no le puedo recibir,
y asi que luego se vuelva;
que à tiempo mas oportuno
me podrà hablar quanto quiera,
y que le trataré como
merece.

Bart. Si esa respuesta
le llevo, no doi un quarto
por mis dientes y mis muelas. *vase.*
Oct. Alborotador ! ¡à tanto
se atreve en mi casa mesma ?
Leo. El me ha hecho temblar.
Ros. Por èl
me he visto insultada, presa
y cercada de infortunios.
Oct. Cómo ? quiere entrar por fuerza ?
Mirando à dentro.
Rod. Con permiso de usted.
Ros. Cielos,
patrocinad mi inocencia.
Oct. Retirense ustedes.
Leo. No
se verá en toda la tierra
un temerario mayor.
Vase à la izquierda.
Oct. En mi casa esta llaneza ?
Sale Lel. Perdone usted.
Oct. ¿Qué pretende
usted de aquesta manera ?
Lel. Servir à usté y suplicarle
que una gracia me conceda.
Oct. Ya le hice decir à usted
que estaba ahora de priesa.
Lel. Pero yo necesitaba
hablar en cierta materia
con usté, y no puedo menos
de darle aquesta pequeña
incomodidad.
Oct. Con hombres
de mi estado y de mis prendas
no se procede asi.
Lel. En fin,
no me pareze esta ofensa
mui grande: tambien yo soi
hombre de alguna nobleza,
y creo que un asentista
ningun perjuicio padezca
en su opinion por oirme.
Con sonrrisa y fisga.
Oct. Diga usted.
Lel. Toda mi arenga
se cifra en quatro palabras:
yo amo à Rosaura, y desea
mi amor conseguir su afecto:
Florindo tambien intenta
lo mismo. De este ribal
me rio, y me lisonjea
todavia la esperanza
de llegar à poseerla
si se oculta en el Castillo
de Armida. Me descontenta
por otra parte saber
que usted toma la defensa
de mi enemigo, y yo como
estimo à usted tan de veras,
vengo à suplicarle que
me dexe en libertad plena
para poder disputarle
la dicha, sin que me vea
necesitado à perder
el respeto à quien pretenda
favorecer à un contrario
mio: mi embajada es esta.
Oct. Usted cree con sus palabras
precisarme à que le tema;
pero mui lexos de darme
sugecion tanta inmodestia,
digo que à hombres como usted,
jamás dí razon, ni cuenta
de mi voluntad.
Lel. Señor
Octavio, usted no se exceda:
yo he hablado hasta aqui con todo
respeto, y asi debiera...
Oct. Hagame usted el favor
de irse de mi casa.
Lel Mientras
no me diga usted...
Oct. Ya basta:
tengo criados que puedan
escarmentar tanto arrojo.
Lel. No me causarán mas pena
que los Alguaciles que he hecho
rodar por una escalera.
Oct. Llegó el caso. El es capáz *ap.*
de algun absurdo.
Lel. Ya tiembla. *ap.*
Oct. Pero qué es lo que usted quiere ?
Lel. Señor, de buenas à buenas.
Sentiré con toda el alma
que uste à Florindo defienda.
Oct. Yo aun por èl no he dado un paso,

ni hecho alguna diligencia.
Lel. Usted no; pero me consta
que las hace su parienta.
Oct. Cómo ? Beatriz ?
Lel. Si Señor;
y que de la sala mesma
del Gobernador pasó
al calabozo que encierra
à Florindo.
Oct. Mi muger
por Florindo se interesa *ap.*
hasta irle à vér à la carcel!
Lel. Tenemos en esta tierra
un Gobernador sobrado
complaciente, que se dexa
manejar; con todos se hace,
y por todos se gobierna:
y usted (sea dicho à gloria
suya) exige mas afecta
estimacion que él del Pueblo
todo: yo por mi dixera
que la suplica que os hago,
no me dignara de hacerla
à él mismo: Señor Octavio,
yo le ruego à usted que tenga
en memoria mi amistad,
y que no me ponga en nuevas
ocasiones.
Oct. ¡Mi muger *ap.*
ir à la carcel¡! ¿no hubiera
medio de librarle, sin
humillarse à esta indecencia?
Lel. Bien; que me responde usted?
Oct. Lo pensaré.
Lel. En horabuena;
piénselo usted, que aqui espero
resolucion y respuesta.
Oct. Se la enviaré à decir
à usted.
Lel. No me iré sin ella.
Oct. Hablaré con mi muger,
que no sé que empeño pueda
haber tomado.
Lel. Tambien
la hablaré yo quando venga.
Oct. Tengo que salir de casa.
Lel. Vaya usté, y déme licencia
entretanto de pasar
un acto de conveniencia
con el padre ò el tutor
de Rosaura, sea quien sea,
que sé que le hospeda usted.
Oct. Si: es quien sufrió la imprudencia
de usted.
Lel. No le conocia.
Oct. Y tambien la Dama mesma
à quien perdió usté el respeto,
está aqui.
Lel. Llegaré à verla
y la pediré perdon.
Oct. Y estoi yo; que la paciencia
ya se me acaba, y cansado
de escuchar tales propuestas,
le digo à usted que se vaya.
Lel. Señor, de buenas à buenas.
Oct. Vive Dios! ¿se cree usted
capaz de hacerme violencia?
Lel. No le aseguro a usted de un
quebradero de cabeza.
Oct. Temerario! ola, criados.
Lel. Quien entre por esta puerta
ha de pasar por mi espada
Sale Alb. Pues yo entraré sin que tema
tu espada.
Lel. No he dicho ya
mil veces que usted se arriesga
en venir?
Alb. Ah desgraciado!
¿qué quieres decir con esas
palabras? ¿vés si aunque viejo,
tengo todavia fuerzas
Se arroja à èl, y le quita la espada.
para desarmarte, y brio
para domar tu sobervia?
merecias que esta espada
en tu pecho introduxera
con mis manos; pero aunque
un hijo barbaro tenga
todas las maldades juntas;
no es justo que un padre vierta
su sangre, que le acusára
la misma naturaleza.
Te hago merced de la vida,
mas ruego al Cielo no quiera
destinarla para un triste
espectaculo que advierta

ſus yerros à los malvados,
ſiendo rubor, ſiendo afrenta
del miſero Alberto. Eſpada
vil, yerro indigno, que apenas
te habrán empuñado nunca
para accion honrada y cuerda,
ſino para iniquidades,
arrogancias y violencias;
yo te quiero hacer pedazos.
Ojalá romper pudiera
aſi los brazos infames
del que te llevaba pueſta.
Señor Octavio, perdone
uſted: eſte hijo me altera
las atenciones; me ſaca
fuera de mi. Compadezca
uſted à un miſero padre,
que deſpues que en ſus taréas
tanto ſudor ha eſparcido;
le es ya preciſo que vierta
por un hijo vil iguales *llora.*
lagrimas. ¿Eſtá contenta
tu maldad? mira à tu pobre
padre llorar, como hiciera
un niño. Yo no me puedo
reprimir: la paſion meſma
me embarga la voz: ah! ſi
mi triſte vida impidiera!

Lel. Es mi padre al fin, yo temo
que me he de enternecer.

Oct. Ea,
Señor, aquietefe uſted,
que ſi ſu hijo degenera
de ſus honradas coſtumbres;
el mundo que las aprecia,
le hace à uſted juſticia, y ſabe
ſu calidad y ſus prendas.

Alb. Ay Señor Octavio, que es
exceſiva la terneza
y el amor de un padre! y quanto
mas; mas el dolor aumenta
verle premiado con una
deſigual correſpondiencia.

Oct. Hijo indigno de tan buen
padre, tenga uſted verguenza
y confundaſe en ſi miſmo.

Lel. Por Dios que eſto va de perlas:
¿uſted me inſulta porque
me vé ſin armas? pues crea
que no eſtoi aun deſarmado.

Alb. Cómo? aun tienes armas, fiera?
deſgraciado, ſi las tienes,
entregamelas.

Lel. Si es tema...
Yo... dexeme uſted.

Alb. No puedo
dexarte: no te detengas:
ſi las tienes damelas.

Lel. No tengo nada, es quimera.

Alb. No, no me quiero fiar
de tí: armas tienes: qué eſperas?

Lel. No digo que no las tengo?

Alb. Pues dexame que lo vea.

Se abalanza à èl, y forzejando cae en tierra.

Lel. Dexeme uſté à mi,

Alb. Ya eſtoi
à tus pies, y de la tierra
que piſas no me levanto,
ni has de irte, ſino me entregas
las armas que traes contigo.

Lel. No me he viſto en tan eſtrecha *ap.*
confuſion.

Alb. Aun no reſuelves?
¿quieres que el labio humedezca
tus plantas? no me levanto
de aqui, no te ſuelto, mientras
que no me entregues las armas.

Lel. No puedo mas. Le doi eſtas, *ap.*
que no me faltarán otras,
y eſcuſo ſu impertinencia.
Aí tiene uſted las piſtolas,

Las ſaca de la faltriquera.

aí eſtá el cuchillo.

Alb. Suelta.

Lel. Tiene uſted mas que pedir?
¿hai algo mas que hacer deba?
ya eſtoi deſarmado: ahora
puede uſted mandar que venga
la juſticia. Haga uſted, pues
que à viſta ſuya me prendan,
y tendrá un padre la gloria
de haber con ſus manos meſmas
contribuido al ſacrificio
de un hijo.

Alb. Hai mas armas que eſas?

Lel. Y usted, Señor, no se olvide
de que me ha ofendido, y crea
que no ha de haber siempre aqui
quien me desarme.
Alb. Hai cabeza
mas infelíz!
Oct. ¿Todavia
amenazas y bravezas?
ola, criados, echad *salen criados.*
de aqui à ese loco por fuerza.
Alb. Deteneos. No, Señor
Octavio: usted no se quiera
valer de la autoridad
que à mi el Cielo me dispensa
como padre sobre un hijo,
para vengar sus ofensas.
Yo le he desarmado, yo
le quite toda defensa;
pero no con intencion
de abandonarle al que intenta
injuriarle. El es mi hijo,
mi sangre fluye en sus venas;
le quité todas las armas
para evitar que ofendiera
à nadie; pero si acaso
hai alguno que se atreva
à injuriarle, tiene aqui
un padre que le defienda.
Le defiendo yo: es un loco;
pero es mi hijo: quisiera
verle castigado, mas
que su castigo proceda
de mi mano. Siento mucho
su inadvertida imprudencia
en no respetar la casa
de un hombre de tantas prendas;
y le pido à usted perdon
por èl; pero usted no crea
que yo permita jamás
jurisdiciones agenas,
ni que como un despechado
facineroso se pierda.
Merece castigo; pero
un hombre de tal prudencia
como usted, no debe hacer
justicia en su causa mesma.
¿Usted quiere que se vaya?
tiene usted razon: qué esperas?
vén conmigo à casa, vén,
infeliz; y considera
que soi tu amoroso padre
por sangre y naturaleza;
tu enemigo por justicia,
tu perseguidor por deuda,
y tu defensor por acto
de caridad y clemencia. *vase.*
Lel. Estoi aturdido. *vase.*
Oct. Este hombre
por Dios me ha dexado fuera
de mi. Marchad allá dentro.
Vanse los criados.
Un padre que se gobierna
de esta suerte, podrá mas
con un hijo de perversas
costumbres, que los castigos
mayores que darse puedan.
Es preciso informar de esto
al Gobernador apriesa.
Bartholo?
Sale Bartholo Qué manda usted?
Oct. Prevente con diligencia
que he de salir: ¿ha venido
ya Beatriz?
Bart. Ya está de vuelta
con el Señor Florindo.
Oct. ¿El
venia solo, ò con ella?
Bart. Con mi ama en el coche.
Oct. Bien.
Vete, y allá dentro espera. *vase Bart.*
El interés que Beatriz
por este mozo demuestra,
parece que excede los
limites de una sincera
y pura amistad. No quiero
entregarme à una sospecha
que pudiera sugerirme
alguna zelosa idéa;
mas seré cauto, y sabré
aprovechar mi cautela.
El hombre cuerdo no debe
en esta ni otras materias
creer todo, ni temer todo,
porque en tan dudosa empresa
la demasiada fé engaña,
y el temor sobrado arriesga. *vase.*

Salen Rosaura y Rodulfo.

Rod. Vén pues, amada Rosaura,
y en tanto que la Condesa
Leonor à Doña Beatriz
por urbanidad obsequia,
hablemos sobre nosotros.
No he podido darte cuenta
de nada: el padre de Lelio
me tubo atento à esa puerta,
y en verdad que no he podido
dexar de llorar desde ella,
al vér del hijo la ira,
y del padre la terneza.

Ros. Quanto es bueno el padre, tanto
es el hijo infame.

Rod. Dexa
ese discurso, y pensemos
ahora en las cosas nuestras.
Sientate un poco: yo soi
ya mui viejo, y no pudiera
estar en pie mucho tiempo.
Hija, llegó la hora extrema
en que tu nombre y el de
tu padre es justo que sepas,
que no es el tuyo Rosaura.

Ros. Pues qual?

Rod. Theodora, hija excelsa
de Ernesto, Conde de la Isla.

Ros. Mi padre es Conde?

Rod. Si, bella
Theodora.

Ros. ¿Y diga usted, qual
es mi patria verdadera
si he de saberlo?

Rod. Es Calliari,
capital de la Cerdeña.

Ros. ¿Pues porqué me ha dicho usted
tantas vezes que yo era
Siciliana?

Rod. Por mejor
ocultar aun de tí mesma
una verdad que la vida
quizá costarte pudiera.

Ros. Ay Cielos! ¿y de quien pude
temer suerte tan acerba?

Rod. De un implacable enemigo
de toda la sangre vuestra.

Ros. ¿Tal vez del mismo agresor
que mató à mi madre honesta
y à sus inocentes hijos?

Rod. ¿Y de quien sabes tú esas
noticias?

Ros. Confusamente
las supe de la Condesa
Leonor.

Rod. Ah mugeres! ¡quanto
mal hace aquel que se arriesga
à fiaros un secreto!
Leonor sin mas advertencia,
ha expuesto casi la vida
de una prima suya.

Ros. ¿Y esta
quien es?

Rod. Tú misma, porque
la sangre que ambas alienta
debisteis à dos hermanos.

Ros. ¿Y porque dice usted que ella
casi me ha expuesto al peligro?

Rod. Porque ahora veo que es fuerza
que aquella voz que esparció
en Napoles tu existencia,
de esa noticia naciese;
y asi como la tremenda
ira del Conde Rugero
juraba verter tu excelsa
sangre, sin perdonar vida,
temblaba de vér expuesta
la tuya, si el cruel Conde
desde Olanda, en cuya tierra
se refugió, disponia
tu muerte, como en las tiernas
vidas de dos inocentes
hizo: despues, con diversas
vozes escuché noticias
tuyas; pero las mas ciertas
eran de que tu enemigo
daba à Napoles la vuelta.
En esta confusion, luego
procuré hurtarte à su ciega
fiereza, y de la Ciudad
no tardé en sacarte à expensas
de mi zelo, y te conduxe
à esta poblacion pequeña
burlando del adversario
temido las diligencias.

Ros. Y ahora, Señor, ¿qué noticia
me

me conduce usted tan buena ?
Rod. La mas feliz, y de tí
menos esperada: atenta
está. Tu padre, no menos
que su ribál, de Cerdeña
salieron profugos: este
dentro de Olanda se alverga,
y en Napoles se recobra
tu padre.
Ros. Mi padre ? ah Estrellas!
mi padre en Napoles ? y ahora
donde está ? donde se encuentra ?
Rod. Presto lo sabrás: cada uno
de los dos en esta adversa
situacion, despues del giro
de quinze años de miserias,
por medio de sus amigos
consiguieron la clemencia
del Rey, y en su excelso nombre,
la orden exacta y expresa
de que ya pacificados
tantos odios, se volvieran
à su casa ambos ribáles
dando al olvido las quexas.
El Conde Rugero que
fué quien obtuvo la nueva
primero, à Napoles vino
buscando con diligencia
à tu padre: pero èl
receloso, no osó apenas
darse á conocer, no obstante
instruído de qual era
el motivo de buscarle,
se descubrió con secretas
precauciones à persona
que en su quietud se interesa.
Se ha manejado el asunto
con gran cordura, y se espera
que se unirá voluntario
con su enemigo en estrecha
paz, volviendo à disfrutar
sus proprios bienes y haciendas;
y en su deseada patria
gozar la correspondiencia
de sus antiguos amigos:
y en fin lo que mas anhela,
que es la vista de su amada
hija, sin susto, reserva,
ni sospecha de insidiosos:
pues quando la hora funesta
llegue, morirá contento,
si por fin consigue verla
en el estado debido
à su sangre y su nobleza.
Ros. Mi padre en Napoles, y
que yo no le conociera!
Rod. Un infeliz fugitivo
de Cerdeña no pudiera
en Napoles descubrirse
sin temor.
Ros. Y ahora que cesa
ese riesgo; ¿porqué tarda
en venir à la presencia
de su hija unica ?
Rod. La paz
todavia no está hecha
entre los dos enemigos.
Ros. Pues qué falta para hacerla ?
Rod. Tu consentimiento.
Ros. El mio ? *tierna.*
¿se teme que yo pretenda
la venganza de mi sangre ?
Rod. No: nuestra duda no es esa.
Los mediadores piadosos
de esta paz, para que fuera
mas durable, sin temor
de que el odio la disuelva;
han establecido que
tu dueño y esposo sea
el hijo unico del Conde
Rugero.
Ros. Qué escucho, penas!
Rod. En efecto, si se unen
las dos familias opuestas,
formarán de todo el Reino
la casa mas opulenta
y mas rica: tú no puedes
odiar al dueño que esperas,
ni él puede encontrarse en grado
de no desear tu belleza.
De vuestros progenitores
el rencor que aun se alimenta
en el pecho mal dormido;
disipára la carrera
de los años; y el deseo
de vér sus amadas prendas

gus-

gustosas, y terminar
sus dias en paz serena;
será un motivo que mas
presto les conduzca à ella.
Ros. Vé aqui una nueva desdicha *ap.*
para mi.
Rod. Mas tú demuestras
que no recibes alegre
las venturas que grangeas.
¿Qué nuevo transporte es este?
que tienes? ¿quando debieras
mostrar la risa en los labios;
las lagrimas manifiestas
en los ojos?
Ros. Oh Dios!
Rod. Habla:
yo te escucho: no me tengas
mas suspenso. Por ventura
en tu pecho se fomenta
alguna llama de amor?
Ros. Ah! quien negarlo pudiera!
Rod. ¿Amarás quizá al infame
Lelio?
Ros. El Cielo me defienda.
Amo à un joven ciudadano,
civil, honesto y de prendas
no vulgares; que seis meses
derramó lagrimas tiernas
por mi, sin que à mi jamás
su llanto me enterneciera,
ni su ruego::- Pero::- ay Dios!
la persecucion violenta
de este Lelio, el no tener
noticia de usted; la ciega
solicitud de este amante,
mi situacion, mis tragedias
todo conduxo à que yo
no reusára la oferta
de un partido que juzgaba
que la suma Providencia
me destinaba, porque
mis desdichas fenecieran.
Rod. Asi es verdad: quanto dices,
acredita tu prudencia
y tu conducta; mas todo
no es suficiente à que puedas
eximirte del propuesto
matrimonio: considera
que en él se trata de dar
vida à un padre:
Ros. ¿Y yo debiera
sacrificarme à las bodas
de quien ni rostro, ni señas
conozco? ¿que habrá heredado
de su padre la fiereza,
el odio que tubo siempre
à la sangre de mis venas,
y el impuro amor profano
que atrevió à mi madre honesta?
Rod. Todo eso debe olvidarse:
mucho ha que se forxa esta
paz, y ya está concluida
tan solo conque tu quieras.
Ros. ¿Y quien me puede pedir
esta involuntaria ofrenda
de mi corazon?
Rod. Un Padre
que te dió el ser con que alientas.
Ros. ¿Y este padre que pretende
ahora que por èl me pierda;
que ha hecho por mi? quinze años
ha sufrido que estubiera
vecina de èl sin dexarse
vèr; insensible à mis penas,
me ha abandonado al destino:
y sino me socorriera
la piedad de usted, ya habria
muerto de hambre y de miseria.
Venga delante de mi *resuelta.*
mi padre: jamás mi quexa
profanará su respeto; *con sumision.*
pero reverente y cuerda
le dirè que aquesta hija
en quien ha pensado apenas *resuelta.*
por tantos años, ahora
en estado no se encuentra
de pensar sacrificarse
por él, ni sus conveniencias.
Rod. Si hija; vè aqui aquel padre
à quien hablarle asi piensas:
vesle aqui: yo soi: dí ahora
que en quinze años ni aun se acuerda
de tí; que te ha abandonado,
que permitió que murieras
de hambre, y que un barbaro es
indigno de que merezca
del

del corazon de una hija
el sacrificio y la ofrenda.
Ros. Ay Dios! usted es mi padre?
Rod. Si; lo soi: de qué te alteras?
yo soi el infeliz Conde
Ernesto: ah! sino impidiera
mis designios el amor
paternal que en mi alma reyna;
ya me hubiera ido à gozar
mi libertad à otras tierras
mas lexanas: por ti sola
he sufrido la inclemencia
del destino; por tí cubren
mi rostro nevadas hebras
mas que por la edad caduca;
por tí hecho tantas finezas,
y ahora estoi pronto por no
negarte la complacencia
de un amor debil è injusto,
à ir al que la paz grangéa
en vez de ofrecer tu mano
à ofrecer mi sangre yerta.
Ros. Detengase usted por Dios.
Rod. ¡Ah sudor sin recompensa
apreciado! ah inutil llanto!
Ros. Por Dios pido que me atienda
usted: yo nunca pensaba
hablar con mi padre en esta
ocasion.
Rod. Mas de tu padre
hablabas.
Ros. Ni yo creyera *con expresion.*
tener padre tan amante
para mi.
Rod. Dilo; ¿pudiera
amarte mas?
Ros. No Señor.
Rod. ¿Y pagarás mi terneza
con tan injusto desdén,
tan cruel correspondiencia?
Ros. No padre mio: disponga *resuelta.*
usted de mi.
Rod. ¿Estás resuelta
à dar la mano à quien yo
te ofrezco?
Ros. Ay Dios! yo sufriera...
si: haré quanto usted me mande
por complacer...
Rod. ¿Te atormenta
el decirlo?
Ros. Peno, muero,
(yo lo confieso) me estrecha
mi pasion: amo à Florindo,
es verdad; pero la pena
que sufro, el rayo que abrasa
mi pecho, el ardor que alverga
mi corazon, dá en tal lanze
mas merito à mi obediencia,
siendo mi resignacion
à usted, Señor, mas acepta.
Rod. Hija mia, dexa que
de gozo en tus brazos muera.
Ros. Pero (ah Cielos!) es posible
que jamás un placer tenga
sin que una cruel desdicha
en dolor me le convierta!
Rod. Vamos, que el precioso tiempo
se pierde.
Ros. ¿Y sin vér à Celia
à quien tanto amo, he de irme?
Rod. La verás; no te detengas:
vendrá en nuestra compañia.
Ros. Pero me he de ir...
Rod. Dilo apriesa:
me he de ir sin vér à Florindo?
Ros. Si: ¿partiré sin que vea
à Florindo?
Sale Flor. Cómo es eso?
¿tú te vas, amada prenda,
sin verme?
Ros. Ay Dios, y que vista!
qué agitacion! que sorpresa!
mi bien, Florindo.
Rod. Ahora es menos *ap.*
facil que llevarla pueda.
Flor. Señor, ¿porqué quiere usted
quitarme de esta manera
à mi Rosaura? la ha hecho
mia mi amor, mi fineza,
la ha hecho mia el sacrificio
de mi vida, y en la tierra
no habrá ninguno tan vano
que à disputarme se atreva
la posesion de su pecho.
Rod. Si habrá.
Flor. ¿Y quién se lisongea

de-

de poderla diſputar ?
Rod. Yo, apartandola por fuerza
de tí. *la aparta.*
Flor. Ah viejo temerario !
Empuña la eſpada.
Roſ. Tente, que es mi padre.
Flor. Ah penas !
tu padre ?
Rod. Ya que la incauta
me ha deſcubierto, uſted ſepa
que lo ſoi : vè uſted ſi ha hallado
en mi quien diſputar pueda
la poſeſion de ſu pecho ?
Roſ. Quantas deſdichas me cercan !
Flor. Ah! ¿y porqué no encontré un padre
que antes bien la permitiera
y confirmára ſin que
me uſurpe la preferencia ?
Rod. Porque he diſpueſto caſarla
con otro.
Flor. Antes yo fallezca.
Y tú, Roſaura, ¿es creible
que abandonarme ſufrieras ?
Roſ. Ay ! ¡cómo terminaria
voluntaria con mi acerba
muerte, el combate de dos
afectos que en mi pelean !
Sale Beat. Ola: quien eſtá aqui ?
Rod. Eſtamos
noſotros, mas con licencia
del amo de caſa.
Beat. Pues
aqui eſtá el ama, y ordena
que ſe vayan à otra parte.
Rod. Es preciſo que obedezca.
¿Vamonos, hija ; Señora,
à donde eſtá la Condeſa
Leonor ?
Beat. En la galeria
la hallará uſted que le eſpera.
Alli han de ir uſtedes.
Rod. Vamos,
hija.
Flor. Señor, por clemencia
dexeme uſted que le ſiga.
Beat. Hombre infiel, ¿de eſa manera
pagas haberte librado
de la carcel ?
Flor. Bien : ¿qué intenta
uſted conmigo ?
Roſ. Florindo,
à Dios.
Beat. Mira...
Flor. No me tenga *con enfado.*
uſted : amada Roſaura.
Salen Lelio y Vandidos, y detienen à Roſaura.
Lel. Fuera de aqui todos, fuera.
Flor. Ah vil, temerario !
Lel. Aſidla
y matad al que ſe mueva:
Roſaura ya eſtá en mis manos,
no eſperes volver à verla.
Roſ. Padre, Florindo, clamad
al Cielo por mi inocencia.
La conducen Lelio y los Vandidos: dos de eſtos apuntan con piſtolas al pecho de Florindo, teniendole aſido.
Rod. Anciana edad, tu me impides
el ſeguirla. Omnipotencia
Divina, favoreced
al que à vos ſe os encomienda. *vaſe.*
Beat. Me alegro. Perdono à Lelio
el inſulto en mi preſencia,
por vér à aquel fementido
morir de dolor y afrenta. *vaſe.*
Le dexan los Vandidos y huyen.
Flor. Infames, viles, ahora
huis ? ahora me dexan
en libertad que no puedo
alcanzarla ? oh, quien muriera !
pero aunque arrieſgue verter
quanta ſangre hai en mis venas;
libraré de vueſtras manos,
mi amada, mi dulce prenda;
perfido Lelio ! ¡infeliz
amor mio ! injuſta eſtrella !

ACTO III.

Noche con Luna. Boſque con Cabaña. Sale Celia ſola.
Cel. Ay infelíze Roſaura !
tus ſuceſos deſdichados
ván de mal en peor ſiempre :

tan-

tanto me han contado, tanto
he visto que me confundo.
Yo no sé como acopiados
en un dia solo puedan
suceder tantos fracasos:
y por ultimo la tiene
otra vez Lelio en sus manos
para afligir à una pobre
muchacha, y lo estoi mirando.
Al amanecer huia
con su amante: su contrario
los encuentra, riñen, corre
ella, se ampara de Octavio,
y la arroja su muger.
Despues por algun acaso,
vuelve à encontrarse con Lelio
que la lleva al ignorado
alvergue de una posada.
El la insulta temerario,
èlla honrada se defiende,
la sobrecoge un desmayo,
y libre de este asesino,
por èl vá de mano en manò,
donde la obligan à entrar
en un calesin malvado
sin saber donde la llevan.
Encuentra à su amante al paso
con la justicia, y agarran
con ella soltando á entrambos
en una publica carcel.
De alli la liberta Octavio,
halla à su ignorado padre
con su prima, y meditando
ser ya feliz, la proponen
un matrimonio tratado
que la reduce à mas pena:
resignada aunque temblando
resuelve seguir al padre:
sabelo Florindo acaso,
lloran los dos y à este tiempo,
Lelio que es hijo del diablo,
llega, y la roba otra vez.
Oh Dios! tiemblo de pensarlo!
hai mas desdichas? ¿y ahora
donde se la habrá llevado?
mas segun lo que me han dicho
pasageros y aldeanos,
los alevosos la vuelta
de aqueste bosque tomaron.
Puede ser que el traidor Lelio,
de otro asilo no fiando,
quiera en él tenerla oculta
hasta la montaña: en tanto
si yo pudiera encontrarla..
Gente oigo sino me engaño.
El ruído crece: ay de mi!
vienen muchos: oigo llanto:
siento gritar. Ay! me tiembla
el corazon. Dios, qué pasmo!
à la curiosidad vence
el temor. Vé aqui al villano.
Cielos! yo me oculto en esta
cabaña. *Entra en la cabaña.*

Salen Lelio, Roberto y Vandidos con Rosaura.

Lel. Guardad los pasos,
y vaya uno de vosotros
todo el bosque registrando
para no ser sorprendidos,
y estar à tiempo avisados.

Rob. Yo iré.

Lel. Vete, y lleva dos
compañeros por resguardo.

Rob. Vengan ustedes, Señores
sayones de contravando.
Vase y dos de ellos.

Ros. Oh Dios, qué será de mí!

Lel. Rosaura, reprime el llanto:
conforma tu voluntad
con el influxo del hado,
y haz felice à quien te adora.
Yo no presumo que ultrajo
tu honor, ni mi reverencia,
quando mi anhelo es tu mano.

Ros. ¡Qué parages tan improprios
para unir un justo lazo!
primero un publico alvergue,
y ahora un bosque despoblado!

Lel. Si hubiera sido conmigo
tu desdén menos ingrato;
en casa de Celia nuestras
bodas se hubieran tratado:
pero pues que tu me obligas
à que tome por mi mano
un bien que te pedí tantas
vezes sumiso y postrado;

alaba mi ſufrimiento
que aun ahora te eſtá rogando.
Roſ. Pues qué pudieras hacer ?
Lel. Quanto puedo.
Roſ. Temerario,
podrás acabar mi vida.
Lel. Aqui no hai quien te dé amparo.
Roſ. Si hai, que ſiempre nos vé un Dios
que caſtiga à los malvados,
y protege la inocencia.
Lel. Bien : ò prevén voluntario
tu pecho al honeſto amor
de un himeneo, ù veamos
ſi hai aqui poder alguno,
que te arranque de mis brazos.
Roſ. ¿Aſi ofendas la clemencia
de los Cielos ſoberanos ?
Lel. Ahora no eſcucho mas vozes
que las que amor me eſtá dando.
Roſ. Amor ? amor atrevido,
amor perfido, amor falſo.
Lel. Si le irritas mas, en odio
quizá le verás trocado.
Roſ. Menos temo tu rigor
que tu injuſto amor, villano.
Lel. Vive Dios!... vamos de aqui.
Roſ. Amparadme, Cielos Santos.
Sale Roberto. Señor?
Corriendo acelerado.
Lel. Qué dices ?
Rob. Que ſomos
ſorprendidos : he notado
que ſe acerca la juſticia.
Lel. Pues à morir ò à librarnos.
Rob. Temo caer en las uñas
de alguaciles y eſcribanos.
Lel. Porqué ?
Rob. Porque nunca bien
ſe avienen perros y gatos.
Lel. Seguidme, y nada temais;
que otras vezes he auyentado
eſta vandada de ſacres.
Roſ. Vé aqui el ſocorro eſperado
del Cielo.
Lel. Te alegras, fiera,
liſongeandote aunque en vano,
de poder huir ? ahora
no ſerá lo que has penſado.
Entra en aquella cabaña.
Roſ. Ay Dios !
Lel. Llevadla arraſtrando
ſino quiere.
Roſ. Ay infeliz !
La entran en la cabaña.
Lel. A tí ſu guardia te encargo:
ſi quiere huir, matala
ſin piedad ni ſobreſalto. *à Rob.*
Yo ſabré remunerar
vueſtra lealtad, y entre tanto
aí ván para cada uno
dos duros. Vé aqui en mis manos
la mayor parte del oro
que mi padre habia ocultado
de mi: eſcuchad : ¿no ſentis
el tropel ¿ no ois los paſos ?
ſalgamosles al encuentro,
y triunfemos ò muramos. *vanſe.*
Rob. Si el guardar una doncella
fué empeño en tiempos paſados,
qué ſerá en la era preſente ? *vaſe.*
Se retira detrás de la cabaña, y ſale Bartolo con una linterna.
Bart. Mala coſa es ſervir amos
ſin juicio : por fuerza quiere
mi ama que venga buſcando
à Florindo : pues ſi un poco
me deſcuido, me echan mano
los alguaciles ; mas como
ſon amigos me dexaron,
que haſta en el Infierno es bueno
tenerlos : yo, ſi allá marcho;
menos mal, que alli habrá mucha
coſecha de eſte ganado.
¿No ſerá mejor hacer
lo que me previno el cabo,
que fué, ſi acaſo ſentia
ruido que fueſe à aviſarlo,
y que me regalaría ?
pero mi ama eſtá eſperando
la noticia : y bien ; que eſpere:
el prometido regalo
ſin trabajar, me parece
que no debo deſpreciarlo. *tiros à dent.*
Que es eſto ? pobre de mi !
como ſoi que eſtoi temblando:
donde me eſconderé ? dentro

de

de esta cabaña me zampo.

Vá à entrar, y sale Roberto apuntandole con la escopeta.

Rob. Quién vá allá?

Bart. Dios nos asista:
tambien aqui hai embarazo?
pues guardemos el coleto,
y dé donde diere el rayo. *vase.*

Sale Lelio y sus compañeros.

Lel. Yá estamos libres y sin
peligro. El tibio desmayo
de la Luna ha protegido
su fuga aunque tropezando
ván en sus temores, menos
los que quedan en el campo.
Os habeis portado, amigos, *los abraza.*
valerosamente: vamos,
ved aqui el escaso premio
de vuestro merito raro.
Entrad ahora en la cabaña,
y sacad del centro opaco
esa muger muerta ò viva:
Roberto, sigue mis pasos,
que yo para descubrir
la campaña me adelanto. *v. con Rob.*

Entran, y sacan á Celia por fuerza de la cabaña.

Cel. Infames, que me quereis?
yo no soi la que buscando
venis: ay mi honra! justicia
de Dios. *se la llevan.*

Sale Bart. Creo no ha quedado
aqui ninguno: saldré
del escondite de este arbol.
Si supiera donde hallarle,
iria à decir al cabo
que habia sentido ruido
de gentes y escopetazos.
Yo creo que me daría
el dinero. El no me ha dado
mas orden de que en oyendo
gente que fuese à avisarlo.
En diciendo que la he oído
cumplo mi obligacion.

Sale Ros. Santos
Cielos, donde estoi?

Bart. Chitito,
que hai mas gente. Aqui me agacho.

Ros. Si yo supiese à lo menos
donde apartarme...

Bart. Oiga el diablo!
una muger...

Ros. Ay de mi!
otro asesino! tirano
destino!

Bart. ¿Qué modo es ese
de hablar? soi un hombre honrado.

Ros. Yo creo que te conozco:
eres por dicha el criado
del Señor Octavio?

Bart. Cómo?
Señora Rosaura, brabo!
sea usted mui bien hallada.

Ros. Ah! socorreme.

Bart. ¿Qué daño
tiene usted? qué es esto?

Ros. Vén:
conduceme à casa; vamos.

Bart. Tengo que hacer.

Ros. Por piedad.

Bart. No puedo, me está esperando
el cabo de ronda.

Ros. Dame
este alivio, y en resguardo,
toma este pequeño anillo.

Bart. ¿Valdrá el anillo pesado
mas que el regalo? si, si.
Soi compasivo, y me allano
à hacer à esta pobrecita
este favor: qué esperamos?

Ros. Oh Dios! y la pobre Celia?
¿à donde la habrán llevado,
que equivocados por mi
de la choza la sacaron?
dime, ¿has visto pasar otra
muger por aquestos campos?

Bart. He visto muchas; pero ahora
no; solo he oido lexanos
tiros: vamos, vamos pronto,
no se vengan acercando.

Ros. Si: vamos: llevo en el alma
à Celia. Dios la dé amparo. *vase.*

Quarto de Octavio con luzes: sale este y Beatriz.

Oct. Ea pues, dispon tu marcha
à Napoles, y no pienses

estar en Aversa un día.

Beat. ¿Pues tan repentinamente
resuelves? temes à Lelio?
presto se espera que llegue
de Napoles un refuerzo
de tropas para prenderle:
y quando no lo consigan,
à tí faltarte no pueden
medios para tu venganza.

Oct. Sus infames procederes
no quedarán sin castigo;
pero no es lo que me mueve
à abandonar esta tierra
su orgullo y sus altivezes.

Beat. Pues sino, qué puede ser?

Oct. Tú, y tu conducta imprudente.

Beat. Yo? còmo?

Oct. Has dado bastante
que hablar: esos intereses
que has mostrado por Florindo,
son la ira de las gentes.
Al principio lo dudaba,
mas ya sé quanto sucede.
Los ministros del señor
Gobernador me lo advierten:
los criados lo publican,
y Florindo, aunque pretende
disimular bajo el velo
de piedad tus indecentes
demonstraciones; no acierta
à negarme que te debe
singulares atenciones.
Una muger que sostiene
el caracter del honor,
debe pensar de otra suerte.
Yo no presumo que exceda
tu pasion los reverentes
limites de la honradéz;
porque si lo presumiese,
un veneno ò un puñal
satisfarían crueles
mi pundonor ofendido:
pero porque aun las decentes
aficiones, con el tiempo
ò degeneran ò crecen
si existen en el peligro;
antes que ese extremo llegue,
oportunamente debo
à su violencia oponerme,
y reparar el desorden
de tu corazon: prevente,
que al alba te esperará
un coche en que partir debes
à Napoles. En tu vida
à Aversa volver esperes;
y sino mudas de idea
desde ahora; sabré ponerte
donde aun los rayos del Sol
para consuelo no entren. *vase.*

Beat. En fin, ya se ha descubierto
la aficion que me merece
Florindo: la sabe Octavio,
y no he de volver à verle.
¿Qué me propone mi activa
pasion? ah! qué me sugiere?
ya hemos llegado al extremo
donde es forzoso que arriesgue
el corazon ò el decoro.
Me lisong aba mil veces,
y aun creía que jamás
fuese amor la aficion fuerte
en que por Florindo ardía.
A mi misma me desmiente
el efecto en este instante.
Donde no hai amor no puede
haber zelos: el que quiera
probar si ama ò no; contexte
su corazon, y si acaso
tiene zelos, amor tiene.
Me ausentaré, olvidaré
à Florindo, pues lo quiere
mi honor; pero en vano puedo
olvidar eternamente
su ingratitud. En el dia
que à la prision entro à verle,
y su libertad consigo
à pesar de inconvenientes,
llorar delante de mi
por la muger que aborrece
mas mi corazon? infame,
te odio ya quanto quererte
supe, y sino me permite
mi honor que de tí me acuerde;
no me impedirá buscarte
quantos pesares pudiere.

Sale Bart. Señora.

Beat. Y bien : ¿has hallado
à Florindo ?
Bart. No parece
en ninguna parte ; pero
volvió..
Beat. Quién ?
Bart. Rosaura vuelve.
Beat. Y donde está ?
Bart. En la antesala,
y hablar al amo pretende.
Beat. Rosaura ? ¿pues cómo pudo
huir de Lelio ? tu mientes :
mas donde está Lelio ahora ?
Bart. Aunque obscuro; pude verle
que à la puerta de su casa
él llegaba justamente
quando yo entraba aqui.
Beat. Dime ;
¿y èl pudo à tí conocerte ?
Bart. No Señora , ni à Rosaura
que estaba conmigo.
Beat. Atiende :
¿y cómo fué el encontrarla ?
Bart. La hallé en la calle.
Beat. De suerte
que yo te envié à buscar
à Florindo : tal vez puedes
haberla encontrado cerca
de su casa.
Bart. Asi sucede.
Beat. Acaso pretenderia
ampararse de él : ah aleve !
Bart. Puede ser.
Beat. Pues à buen tiempo
vuelve en mis manos à verse.
Lelio estará en casa ?
Bart. Yo
le he visto.
Beat. Solo ?
Bart. Habia gente
mas lexos ; pero no creo
yo que con él estubiesen.
Beat. Haz que entre Rosaura; y tú
no te vayas ; porque puede
ser que yo te necesite.
Bart. Haré lo que usted quisiere.
Trabajar mucho , comer
poco. Si yo no tubiese
por fuerza mis aventuras,
pobre de mí. *vase.*
Beat. Vé aqui en breve
una ocasion oportuna
de que mi venguanza empieze
contra Florindo.
Sale Ros. Ay de mi !
¿habrá mas tirana suerte ?
en vez del marido encuentro
la muger.
Beat. Qué te suspende ?
vén acá , Rosaura mia,
y no temas. Finalmente
he descubierto que tú
toda mi aficion mereces ;
descubrí tu nacimiento
tambien : he sabido que eres
una noble Dama, honesta,
virtuosa , que padeces
los rigores de un destino
cruel , y estoi impaciente
por darte à reconocer
mi buen corazon.
Ros. Oh ! premie
el Cielo vuestra piedad !
mas decidme , asi él os llene
de dichas , ¿à donde está
mi padre ?
Beat. Nada receles;
cerca está : si quieres verle,
yo haré ahora que te lleven
donde se halla.
Ros. No podrá
usted mayor bien hacerme.
Beat. ¿Cómo has podido librarte
de los brazos insolentes
de Lelio ?
Ros. Oh Dios ! no lo sé :
me conduxo à la silvestre
estacion de un bosque, y luego
à fuerza me hacen que entre
en una cabaña : en ella
por prodigio se aparece
Celia ; pero à breve instante
la sacan , y volví à verme
sola ; hallo vuestro criado...
Señora , compadecedme...
Estoi agitada... Yo

Lel. Quales ?
1. Que la Dama
que buscaba usted, la tiene
ya en casa.
Lel. Quién la ha traído ?
1. Un criado me parece,
del Señor Octavio.
Lel. ¿Es esta
fabula ó sueño aparente ?
no lo entiendo.
1. Quiere usted
que la haga entrar ?
Lel. Si, hazla que entre.
1. Por fin ya estará contento.
Lel. Que placer! tú, Celia, vete.
Cel. Dexadme vér à Rosaura.
Lel. Qué te vayas digo.
Cel. Espere
usted.
Lel. Te vás ò te arrojo
por un balcón ?
Sale 1. Usted llegue. *con Ros.*
Sale Ros. Donde está Celia ?
Cel. Aqui estoi,
mas como sino estubiese.
Ros. Y mi padre ?
Cel. Si : qué padre ?
mira el padre á donde vienes.
Ros. Ay infelíz! me han vendido.
Quiere irse.
Lel. A donde vás tu ? detente.
Vete, Celia.
Cel. Ya me voi
Lel. Al instante.
Cel. Como un cohete.
¿Si yo pudiese avisar
á Alberto ? ¿si yo pudiese
llamar gente á socorrerla ?
mas estos canallas tienen
tomado el paso. *vase.*
Lel. Rosaura,
la quarta vez llego á verte
en mis manos.
Ros. Ah! Beatriz
me ha vendido indignamente.
Lel. La muger de Octavio ?
Ros. Si.
Con pretexto de volverme
à mi padre, la inhumana
me ha sacrificado aleve.
Lel. Debo estar reconocido
à lo que me favorece :
mal hice en dexar que Celia *ap.*
de mi presencia se fuese:
mas qué importa ? oyes : yo cierro
A ellos.
esta puerta, y que se queden
todos en esa antesala;
porque nadie, sea quien fuese
entre aqui. Mi padre está
recogido. Si viniese,
avisadme luego, que antes
que el Lugar y el Sol despierten,
habrémos buscado sitio
mas seguro y conveniente. *vanse ellos.*
Ros. Ay Dios! el dolor me oprime!
Lel. Ea, ya es tiempo que pienses
en serenarte, advirtiendo
que de aqui salir no puedes
menos que siendo mi esposa.
La necesidad te enseñe
à ser discreta, y mi afecto
tu hermosa mano grangee,
antes que favorecido
de la ocasion que se ofrece,
hagas que me muestre mas
amante que reverente.
Ros. Lelio; esas vozes infames
repetidas tantas vezes
por usted contra mi honor,
me enseñan á no temerle.
Con ingenuidad he dicho
que neciamente pretende
usted mi mano, y ahora
vuelvo á decir francamente,
que antes que darle una parte
del corazon la mas leve,
ni la esperanza menor;
daré mi vida à la muerte.
Lel. Pues vive Dios que he de ver
si la constancia que emprendes::-
Llaman à la puerta secreta.
Mas quién diablos puede ser
este que llama tan fuerte
por esta puerta secreta ?
sino es mi padre, no puede

saber-

ſaberla nadie; pero él
no entrará, y ſi ſe reſuelve,
arrieſgará ſu reſpeto.
Va à defender la puerta, y ſiente que la arrojan.
Amigos, favorecedme.
Quiere abrir la otra.
Alberto arroja la puerta ſecreta, y ſale con luz y una piſtola.
Alb. Detente, infame.
Lel. ¡Maldita
puerta! tan preſto te vences?
Alb. Villano, traidor; te hallé
en la maldad con que ſueles
en eſte quarto eſcondido
introducir las mugeres:
¿y qué pretendes, villano,
de eſta doncella inocente?
Lel. ¿Pero quien Diablo le ha dicho
à uſted que yo aqui eſtubieſe?
Alb. Celia, Celia me aviſó,
infeliz.
Lel. Uſted ſe temple,
Señor, que no ſoi tan vil,
tal vez como à uſted parece.
Yo ſolicito la mano
de Roſaura: quando fueſe
como antes una muger
ignorada, juſtamente
pudiera uſted impedirme
que igual dicha conſiguieſe:
pero ſabiendoſe ya
que es Condeſa, y que poſee
el titulo de la Isla,
no creo que uſted ſe niegue
à eſte honor.
Alb. Uſted, Señora,
lo ha de decir: ſe conviene?
Roſ. No Señor: y antes que ſer
ſuya moriré mil vezes.
Alb. Lo has oido?
Lel, Ruéguela uſted:
las buenas palabras vencen
impoſibles.
Sale. Rod. Hija mia,
tu aqui?
Roſ. Padre, ſocorredme.
Alb. No recele uſted, que yo
ſoi quien à ſu hija defiende.
Lel. Qué quiere uſted aqui?
Rod. Què quiero?
quiero à mi hija.
Lel. ¿Y de quién puede
uſted ſaber que aqui eſtá?
Rod. De Celia.
Lel. Ah! Celia inſolente!
ya lo temia: eſa infame
mis proyectos deſvanece:
Sale Oct. A donde no hai quien reciba
ſe introduce aſi la gente.
Señor Alberto, à uſted buſco:
la puerta principal tienen
cerrada, y guardias en ella:
mas Celia oportunamente
me dixo por donde habia
de entrar.
Lel. Los diablos te lleven,
Cèlia maldita.
Alb. Y bien: vamos:
¿qué es lo que à uſted ſe le ofrece?
Oct. Un Oficial que deſea
hablar à uſted, fué à valerſe
de mi à que le conduxera.
Es mi amigo, y quiſe hacerle
eſte favor.
Lel. No permita
uſted que ſoldados entren *à Alb.*
aqui.
Alb. Què querrá?
Oct. Ya llega.
Sale el Theniente con ſeis granaderos.
Paſe uſted, Señor Theniente.
Eſte es el Señor Alberto.
Lel. Si ſolicita prenderme *ap.*
le harè pedazos.
Then. Señor,
ſu caſa de uſted ſe advierte
cercada de ſeſenta hombres;
y à quince paſos ò veinte
eſtá toda la juſticia;
porque todos juntos deben
llevar preſo al Señor Lelio.
Lel. A mi? vive Dios...
Then. Si mueve
uſted ſolo un brazo; aqui hai
ſeis granaderos que tienen

orden de hacerle pedazos,
ſiempre que ſe reſiſtiere.
Lel. Ola. Donde eſtais ¿
Alb. Què intentas ¿
tú ſolicitas perderme.
Lel. Amigos mios , venid :
ah ! que los cobardes temen
el numero de la tropa,
y me abandonan: ah! infieles!
què harè , miſero de mi ¿
Then. Rindaſe uſted buenamente,
que ſerá mejor.
Lel. Las armas
honorificas de uſtedes,
han hecho en mi la impreſion
que nunca han podido hacerme
las de otros que me pagaron
el inſulto à que ſe atreven
rodando las escaleras.
Yo que deshice mil vezes
tantas tropas de miniſtros,
à un numero inſuficiente
de ſoldados me he rendido.
Pero no por eſo pienſen
que me falta valor para
morir , para defenderme
con eſta eſpada en la mano.
Then. Entreguela uſted.
Lel. ¡Crueles
deſtinos ! aí eſtá.
Alb. Ahora,
Señor Oficial , ¿qué puede
ſer de mi pobre hijo ¿
Then. Aſi
como ſus culpas no exceden
de traveſuras ; no creo
que exceda el caſtigo al breve
carcelage de un caſtillo.
Alb. Vés el efecto que ſuele
producir el desenfreno
de un desbocado imprudente ¿
tú eres hijo mio : ſiento
el inſulto que padeces;
mas viendo que en un caſtillo
podrás , probando el valiente
imperio de la juſticia
evitar daño mas fuerte,
ſentar el juicio , y ſaber
reſpetar ſus juſtas leyes;
doi gracias al Cielo ; y eſta
tribulacion que me ofrece,
la atribuyo à providencia
ſuya , que ſin duda quiere
que antes de morir conſiga
en mejor eſtado verte.
Lel. Segun eſo , eſpero en vano
que uſté el menor paſo emplee
por librarme.
Alb. Lo verémos:
por ahora no lo eſperes.
Then. Con centinelas de viſta
entre tanto que amanece
eſtará uſté aqui arreſtado.
Ponéd centinelas.

Los ſoldados calan bayoneta , y ocupan las dos puertas.

Rod. Déme
uſted permiſo , Señor
Alberto , de que me lleve
à mi hija.
Alb. Uſted diſponga
de mi caſa libremente.
Lel. Què no lo pueda impedir!
Rod. Vamos, hija.
Roſ. Dios , valedme.
Rod. ¿Quando dexarás, Theodora,
de llorar ¿
Roſ. Ay ! quando dexe
de vivir.
Rod. ¿Porqué no dás
gracias al Cielo de haberte
librado de tantas penas ¿
Roſ. Una que reſervo puede
emponzoñar mi alegria.
Rod. Te entiendo: la que ſorprende
tu corazon ſon las bodas
que acabo de proponerte.
Eſcucha. Te amo , y primero
que porque yo te violente
padezcas , à tu paſion
ſacrificaré mi ſuerte.
Roſ. No Señor : vamonos : harto
por cauſa mia padece
uſted : baſtante ha ſufrido.

Fue-

Fuera una ingrata, una aleve
si aun à costa de mi vida
reusára complacerle.

Sale Florindo.

Flor. No: primero que de mi
te aparten, Rosaura, atiende
solamente una palabra:
si, permitanmelo ustedes.
Rosaura, te quise, te amo,
y amaré mientras viviere.
Conozco el lanze forzoso
que te separa inclemente
de mi amor: tu serás de otro,
mas yo seré tuyo siempre:
te casarás presto, y yo
iré mas presto à la muerte.

Rod. Lastima me causa.

Ros. Oh! Dios,
que ni puedo responderle
ni mirarle.

Lel. Menos mal
que mi enemigo la pierde,
ya que yo no la poseo.

Rod. Vamos pues: compadecedme *à Flor.*

Then. Señor, ¿quienes son aquestos
que lloran tan tiernamente?

Alb. Dos tristes enamorados
que se separan: aqueste
es Florindo Ardenti, y esta
Señora, segun me advierten,
es la Condesa de la Isla.

Then. Qué dice usted? feliz suerte!
donde vive el Conde Ernesto?
donde está su padré?

Alb. Vedle
aqui.

Rod. Pues lo saben todos
ya, no es justo que lo niegue.

Then. La ocasion que me conduce
con reales ordenes à este
Pueblo, fuè causa de que
una comision me diesen
para usted. Vuestros amigos
que hacen generosamente
vuestras paces con el Conde
Rugero, os hacen presente
como su hijo que debia
casar con vuestra hija, tiene
declarado que lo está;
sin que hasta ahora se supiese
ya en Olanda con sensible
disgusto de sus parientes
y de su padre. El, no obstante
vuestra bondad agradeze,
y ha escrito despues los pactos
con que la paz ha de hacerse,
y veréis en este pliego,

Le abre Rodulfo, y lee para si.

que el mediador os ofreze
por mi.

Rod. Gracias à los Cielos.

Ros. Padre, ¿conqué de esta suerte
ya estoi libre del empeño?

Flor. Señor, à quien usted quiere
dar su hija, ya está casado.

Rod. Oh! amantes jovenes! cesen
las lagrimas: ya os entiendo.
Adorable hija, comprehende
la ultima prueba que un padre
te dá de su amor; no cueste
la perdida de un amante
el gozo de conocerme.
Abrazaos con regocijo,
los pesares se destierren,
y de los brazos de un padre
vè à los de un esposo.

Se abrazan.

Lel. ¿Puede
aguantarse este martirio?
vive el Cielo! quitadme ese
objeto de ira, y de horror
de la vista, ò que se queden
aqui, y yo me iré à otra parte.

Then. No puedo à usted complacerle;
pues está usté aqui arrestado.

Lel. Santo Dios! qué me sucede?

Alb. No sè que decir: à pena
su sentimiento me mueve.

Rob. A la verdad, tener hambre,
vér comer y estar à diente,
es un demonio.

Sale Celia.

Cel. Podré
llegar?

Ros. Si, Celia, bien puedes:
vèn à abrazar à tu amada

Ro-

Rosaura, à quien llamar debes
ya la Condesa Theodora.

Flor. Si, y esposa mia.

Cel. ¡Suerte
felíz! Bendito sea el Cielo! *la abraza.*

Lel. Tú, infame Celia, tu eres
quien ha sublevado à todos
contra mi.

Cel. Què duda tiene?
yo he ido por todo el lugar
llamando à toda la gente
de puerta en puerta; porque
à dar amparo viniesen
à esta pobre asesinada.
La Condesa espera verte
con la mayor impaciencia:
vamos.

Sale Bartholo

Bart. Señor, mi ama viene
aqui en el virlocho que
me envia porque me entere
de las novedades que haya.

Oct. Vé, y dila que en este alegre
instante ha dado su mano
de esposo, con mil placeres
à la Condesa Theodora,
Florindo. A todos ustedes,
Señores mios, suplico
vengan à favorecerme
à mi casa à terminar
la noche.

Alb. Yo es fuerza quede
acompañando à mi hijo,
que sabe el Cielo si à verle
volveré.

Lel. Ah! padre, yo os pido
perdon.

Alb. Ahora infeliz, vienes
à atormentarme? vé pues
à donde el destino quiere,
que menor fin no podia
tener hombre de tu especie.

Sale Bartholo.

Bart. Señor, mi ama vuelve à casa,
y al amanecer pretende
marchar si usted gusta de ello,
à Napoles.

Oct. Dí que espere,
y no se dexe vencer
de su capricho impaciente,
que quiero tener el gusto
de acompañarla. No puede
ocultarseme el motivo
de su intolerancia. Medie
la prudencia mia. Vamos,
Señores, que ya amanece.
Esposos, en fin, ya no
recelarèis mas baibenes
de la suerte. Señor Conde, *à Rodulfo.*
usted será feliz siempre:
el pobre Señor Alberto
solo es quien me compadece.
Y usted, Señor Lelio, en si
mismo su colera quiebre,
y no culpe en su desgracia
sino es à sus procederes,
que à los corazones justos,
nunca el Cielo desatiende,
ni ofende à los infelizes
el malvado impunemente.

F I N.

Barcelona: En la Imprenta de Carlos Gibert y Tutó,
Impresór y Librero.